

LAS MISIONES CATÓLICAS



Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

Se publica el 15 de cada mes

Año X. — Sábado, 15 Febrero 1902. — N.º 182

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

♦♦ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona ♦♦



FO-KIEN (China). — CRISTIANOS DE LIEN-KU BAPTIZADOS POR EL R. P. COTHONAY

Reproducción de fotografía. (Pág. 39)

SUMARIO

Texto.—RESUMEN GENERAL DE LOS TRABAJOS REALIZADOS POR EL APOSTOLADO DURANTE EL AÑO 1901.—MATANZAS EN MONGOLIA.—NUEVOS ASESINATOS EN CHINA.—CORRESPONDENCIA: ASIA MENOR.—COLOMBIA: Hechos de la revolución.—TCHÉ-LI SUDESTE (CHINA).—DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKIN (continuación).—EL MAR LIBRE DEL POLO (continuación).—EN LOS ALREDEDORES DE FU-TCHU (continuación).—SERMÓN SOBRE LAS MISIONES.—VARIEDADES: La última dádiva.—¡SIGÁMOSE! cap. II, novela, por Enrique Sienkiewicz.

Grabados.—FO-KIEN (China): Cristianos de Lien-ku bautizados por el R. P. Cothonay.—El crucero Kien Wei.—Capilla del arsenal de Fo-kien.—Vista del terreno correspondiente á la antigua capilla del arsenal de Fu-tcheu: Pagoda erigida en memoria de los chinos muertos en el combate naval de Pagoda.—TONKIN: Puente cubierto sobre un río.—Entrada de una gruta.—Oficiales de tiradores en un campamento de Pabellones negros.—JAPÓN (Nikko): El Sambut-do ó templo de los tres budhas.—Ilustraciones de la novela ¡Sigámo!.

CON LICENCIA ECLESIASTICA

RESUMEN GENERAL

DE LOS TRABAJOS REALIZADOS POR EL APOSTOLADO DURANTE EL AÑO 1901

La hora de los grandes peligros ha sido siempre para la cristiandad la hora de las grandes esperanzas. Este pensamiento de San Vicente de Paúl es un exacto resumen de la historia de las Misiones en la triste realidad presente, y en los fundados temores de más sombrío porvenir. Para demostrarlo nos bastará la siguiente breve enumeración de nuestras penas y de nuestras esperanzas.

I

Si en las naciones europeas hasta ayer cerradas á la Iglesia, Inglaterra, Holanda, Noruega, Suecia, Dinamarca y Suiza, se otorgan á nuestros misioneros los dos únicos llamémoslos favores, que piden á quienes gobiernan los pueblos: justicia y libertad; si, especialmente en las clases ilustradas, numerosas vueltas al redil les consuelan y alientan, en cambio se agrupan negras nubes en el horizonte por demás sombrío de las naciones católicas: jamás la saña, saña inexplicable y que nada justifica, se ha dejado sentir con mayor intensidad.

Hasta principios del pasado año el apostolado era, por decirlo así, tierra neutral donde amigos y adversarios se estrechaban fraternalmente la mano: gustaban de celebrar las glorias de los misioneros, de llamarles avanzadas de la civilización, insignes patriotas: su muerte, sangrienta ú obscura, era saludada con respeto y simpatía, y nunca se levantó una voz que interrumpiera el elogio unánime: las naciones, hasta las más enemigas, prestaban su desinteresado concurso á estos mensajeros de la fe.

De unos meses á esta parte los tiempos han cambiado: lograron abrir brecha: y en la prensa, en determinadas asambleas políticas, se enseña al público á desconfiar del heroísmo, ayer de todos admirado y aclamado. ¿Y podía suceder de otra manera en tiempos en que Dios es discutido, y todas las ideas nobles y morales, honor

y salvaguardia de la sociedad, son ó negadas ó escarnecidas? Ciertamente es que se han levantado enérgicas protestas que han dirigido por el camino de la verdad á la pública opinión; que los hombres de Estado menos afines á la Iglesia católica han hecho pública y desinteresada justicia á la caridad y al patriotismo de los misioneros; ¿pero no apenas ver el camino recorrido, las inmensas ruinas morales que para mañana auguran tan injustificados ataques, al parecer hijos de una orden sálida del misterio? ¿qué enseñanzas contienen para las masas del pueblo?

Durante estos días de lucha, espectáculo magnífico y consolador, el augusto Anciano del Vaticano ve acumularse los años, impotentes para apagar la llama de su genio, el ardoroso entusiasmo de su corazón: su voz autorizada y venerada se ha levantado para elogiar, en nombre de la eterna justicia, á aquellos que, arrebatados un día por el amor al divino Crucificado, sujetando á austera regla su alma y su cuerpo, sus pasiones y su voluntad, aseguran á nuestras lejanas Misiones próspero porvenir.

II

Asia ha sido la víctima de las querellas de Europa, y las ruinas amontonadas durante el último año requieren mucho tiempo y trabajo para ser restauradas.

Grato nos es hacer constar el movimiento de resurrección que se desarrolla en esta Tierra Santa entre todas, testigo de la vida, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Frente á frente del cisma y de los soldados de Mahomet, numerosas Obras católicas florecen, crecen y se multiplican. En carta reciente explica sor Sión, Hermana de la Caridad, la historia de las podemos decir cotidianas fundaciones y empresas nuevas de las Hijas de San Vicente de Paúl, y la historia de estas Hermanas es la historia de todas las Religiosas, y la historia de todos los Religiosos que comparten con ellas las santas tareas del apostolado. Al ver las falanges de hombres de Dios que en fecha reciente han ido á plantar sus tiendas en esta tierra privilegiada, repetimos las hermosas palabras del gran poeta francés:

Jerusalén renace más grande y más hermosa.
¿Quién es el que la empuja á esa falange inmensa
de fieles que á ella vienen y que ella no engendró?

Un poder despótico, caduco y que ensangrienta la Armenia, es una amenaza para mañana: alentamos la esperanza de que Francia continuará cumpliendo con honra el insigne privilegio de protectora de Tierra Santa.

Gracias á los ejércitos de las naciones aliadas el temor ha sido para los chinos el principio de la sabiduría: las indemnizaciones, sancionadas por el Emperador, y los actos de reparación moral hechos solemnemente por los grandes mandarines, permitirán, ó mejor y repitiendo la exacta frase del Ilmo. Favier, permiten á los misioneros *volver á empezar*. ¿La sangre de tantos cristianos, unidos en muerte y en el goce de la gloria á sus apóstoles, no logrará del cielo una era de resurrección para este inmenso imperio?

El, bajo todos conceptos, ilustre Obispo de Pekín,

en carta que ha publicado toda la prensa francesa pinta de la situación actual un cuadro notabilísimo por lo exacto. A la par da la contestación merecida á todos ataques, á todas las calumnias, en términos tan precisos y pruebas tan sin réplica, que en el Parlamento francés cuando los que gobiernan han querido deshacer las calumnias que llegaban hasta el interior de aquella casa, les ha bastado repetir cuanto en la carta se dice para convencer hasta á los más invencibles de la falsedad, de la pasión que informa las acusaciones lanzadas contra los misioneros. Nosotros, reuniendo en un mismo sentimiento de afecto el más sincero y respetuoso á cuantos, Obispos, sacerdotes, oficiales, cristianos indígenas y soldados de toda nación, han sucumbido en el Celeste Imperio, á todos por igual dedicamos sentido recuerdo de gratitud y admiración, por todos elevamos al cielo ferviente plegaria.

Y hacemos votos también para que jamás un solo hombre civilizado vuelva á escribir que le son más simpáticos los asesinos de europeos, los verdugos de víctimas indefensas, que los misioneros que se sacrifican en bien de sus hermanos. Afirmaciones como esa no figuran, á Dios gracias, en las tradiciones de vuestra nación, y en consecuencia desdican de todo buen patriota.

Los sucesos de China repercutieron en Corea, y en momentánea revuelta corrió sangre cristiana: gracias al inteligente celo del cónsul francés las matanzas de cristianos fueron pronta y enérgicamente reprimidas. En la Indo-China la evangelización continúa, y el número de catecúmenos crece en proporción inesperada y por demás consoladora.

La India, la infortunada India, sigue víctima siempre del hambre más horrible, y cada semana recibimos cartas de misioneros, doloroso eco de innumerables padecimientos.

A pesar de tantas contrariedades, avanzando entre tanta ruina y tanto dolor, en el Extremo Oriente la obra de Dios sigue siempre adelante: colegios superiores, elementales y primarios, seminarios, asilos de huérfanos, hospitales, leproserías, iglesias, se han levantado cual hermoso florecer de primavera, cual arco iris ó cual aurora que anuncia la desaparición de las densas tinieblas acumuladas por los siglos en el cielo que cubre el Asia inmensa.

III

En Africa uno de los sucesos más importantes ha sido la expulsión de los Lazaristas de Abyssinia, víctimas del odio de un lugarteniente de Menelik. La Misión de Alitiena apenas fundada, sufrió la dura prueba de ver alejarse á los Hijos de San Vicente de Paúl. Afortunadamente la persecución duró poco. Menelik, el glorioso soberano que con tanto acierto rige los destinos de Abyssinia, ejerciendo voluntariamente un acto de su personal autoridad, llamó á los expulsados y obligó á su vasallo el lugarteniente á dispensarles favorable acogida. Los misioneros, más amados si cabe de sus ovejas después de la momentánea separación, han emprendido con nuevo ardor la prosecución de su obra interrumpida. ¡Días hermosos y no lejanos se preparan para la Iglesia ethiópica!

En la región del Alto Nilo el celoso sucesor de los Camboni y los Sogaro, Ilmo. Roveggio, continuando la restauración de la tan largo tiempo probada Misión del Africa Central, ha fundado en los alrededores de Fashoda un nuevo centro de propaganda de la verdadera fe. Es una avanzada, una ventajosa posición ganada por la civilización cristiana á la barbarie africana. Faltan fundar algunas nuevas estaciones en el interior del continente negro para que todo, hasta el corazón del país de Cam, sea conquistado á la Religión verdadera; los obreros evangélicos extenderán de uno á otro Océano, del Nilo al Niger, su influencia salvadora, y en sus falanges de hombres de fe, formarán todos los pueblos de las regiones ecuatoriales.

Uno de los en quienes más esperanzas fundábamos para el glorioso éxito de la difícil conquista, el vicario apostólico del Sahara, Ilmo. Hacquard, ha muerto á los cuarenta años de edad, herido por uno de esos golpes de la Providencia que desconciertan á la pobre razón humana.

El báculo caído de sus manos lo ha recogido su hermano en Religión, el Ilmo. Bazin, quien en las primicias de su vicariato se ha mostrado digno continuador del llorado difunto. Deseando dar nuevo impulso á la propagación del Catolicismo, Roma ha dividido en dos partes la herencia del Ilmo. Hacquard, dando el Sahara propiamente dicho al P. Guerin, y el Sudan francés al Ilmo. Bazin: ¡y cada diócesis tiene una superficie cuatro ó cinco veces mayor que España!

Al deseo de comunicar nuevo impulso al progreso de la fe en el Africa Occidental obedecen los nombramientos de obispos para Dhomey y Costa de Oro, hechos por la Santa Sede á favor de los Ilmos. Dartois y Albert, ambos de las Misiones Extranjeras de Lyon.

En Bélgica y á la flor de la edad, murió el jefe de una de las prefecturas apostólicas, fundadas estos últimos años en la cuenca del gran río del Congo, el reverendo P. Van Hoof, prefecto de Uelle.

Con íntima satisfacción enviamos cariñoso saludo á los Religiosos Premonstratenses, establecidos en la isla de Santa María de Madagascar, donde les ha llamado el Ilmo. Corbet, de la Congregación del Espíritu Santo, para que le ayuden á propagar la buena nueva en aquella porción de su dominio.

Del Niger recibimos excelentes noticias. En tanto el P. Zappe, con celo que Dios bendice, da fecundo impulso á la Misión de Assaba, el P. Lejeune tiene el consuelo de ver proclamado rey de Onitche, por el libre sufragio de los naturales, á uno de sus cristianos.

IV

En América la Santa Sede, atendiendo á la desmesurada extensión de la Misión del Canadá Septentrional, á lo difíciles que son las comunicaciones en las regiones boreales del Nuevo Mundo, y á la súplica del ilustrísimo Grouard, lo ha dividido en dos vicariatos apostólicos: Athabaska y Mackenzie.

En los Estados Unidos el Catolicismo avanza incansable, y ve multiplicarse sus iglesias y aumentar su influencia social. Las ochenta y siete diócesis en que se halla dividida la gran República, van desarrollando pacífi-

camente sus obras bajo la salvaguardia de un Gobierno protector de todas las instituciones moralizadoras. La muerte del presidente Mac-Kinley causó dolorosísima impresión, y aun cuando no formaba en nuestras filas, los católicos han tributado á su memoria justos homenajes. Apreciando en lo que valen los servicios prestados por la Iglesia, nunca varió ni un ápice en los sentimientos de benevolencia que para con ella repetidas veces testificara, y las cristianas palabras que pronunció minutos antes de expirar han sido y serán valioso ejemplo para el pueblo norteamericano.

El Brasil ha ofrecido al Eterno los primeros Mártires del siglo XX. El 15 de Abril de 1901, numerosos misioneros capuchinos y varias Religiosas italianas fueron muertos en Alto Alegre por los indios, á quienes fueron á enseñar el camino de la eterna salvación.

V

En Oceanía, gracias al celo de los Padres Maristas, el Catolicismo hace rápidos progresos en las islas Salomón. Por providencial casualidad apenas los nuevos misioneros habían fijado sus plantas en el lejano y salvaje Archipiélago, cuando les cupo la gratísima sorpresa de hallar en la isla Isabela el sepulcro donde descansan los restos del insigne obispo que regó con su sangre aquella tierra de antropófagos, el Ilmo. Epalle.

Los Padres del Sagrado Corazón de Issoudun ven también con santa alegría florecer y crecer la semilla, y augurarles cosechas más prósperas que hasta hoy, en las islas Gilbert y en el archipiélago de Nueva Pomerania.

Al terminar este cuadro, triste como las realidades de la vida, y sonriente de esperanzas como las realidades del cielo, séanos permitido decir cuatro palabras á los subscriptores de las *Misiones Católicas*, y á todos los protectores de la gran Obra de la Propagación de la Fe. Al recordarles la visión de San Juan en el Apocalipsis, les mostraremos el caballero negro que lleva en las manos unas balanzas. Es la figura, el símbolo de todos los pueblos que gimen sentados en tinieblas de muerte, y que instintivamente preguntan si para ellos no sonará jamás la obra de la justicia, si nunca podrán tomar parte en el gran banquete de la verdad.

El Profeta al referirnos su visión nos dice que vió avanzar un caballero blanco, sobre cuya noble frente brillaba rica corona y en cuyas bien cinceladas armas se leía esta divisa: *Exiit vincens ut vinceret!* «Llega victorioso y parte en busca de nuevas victorias.»

Lector amigo: el caballero lanzado en seguimiento del otro caballero primero rebelde, luego rendido y feliz, es el sacerdote católico, es el misionero. En vano le acusan de ser el hombre del pasado, ¡el misionero es el hombre del porvenir! Vedle, rodeado de cuantos le ayudan en tan santa empresa, de Hermanos y de Hermanas de todas Ordenes en playas lejanas, adornado de vestiduras menos blancas que su alma pura, henchido el corazón de santos anhelos y santas ilusiones, ofrecer al Eterno la Víctima propiciatoria, el Cordero de Dios que perdona los pecados del mundo!

¡Seguidle, vence y avanza! Desde el bendito hogar

de la familia y de la patria enviadle ofrendas generosas, y compartiréis con él sus trabajos, sus méritos, sus victorias. Alguien dijo que el odio crea; el odio, abrid las páginas de la Historia, y aprenderéis que nunca ha producido otra cosa que crímenes y ruinas: el amor y la caridad que es su consecuencia, son, en lo humano, los únicos creadores.

¡Parten, avanzaan ellos los vencedores, llevados por el doble amor á Dios y á las almas! ¡Acompañadles con vuestras oraciones y vuestras limosnas! *Exiit vincens ut vinceret!*

MATANZAS EN MONGOLIA

El R. P. Van Hecke, superior general de la Congregación belga del Inmaculado Corazón de María, nos escribe desde Scheut-lez-Bruselas, con fecha de 6 de Enero:

Acabo de recibir el siguiente telegrama que firma el Padre Procurador de Shanghai:

Van Merhaeghen y cristianos muertos; iglesia Sia-yen-tse incendiada.

El R. P. Van Merhaeghen salió de Europa para el Sudoeste de Mongolia el año 1894; á fines del año 1900 fué uno de los quince misioneros que, huyendo de los boxers, debieron cruzar la Siberia para llegar á Bélgica su patria. En Mayo de 1901 regresó á la Misión, deseando poder establecerse en su antigua residencia de Sia-yen-tse, situada en los alrededores de Ning-siapou: breve tiempo debía haber transcurrido de su nueva toma de posesión, cuando fué asesinado. Esta muerte es, sin duda, una *hazaña* del célebre Tung-fu-siang, que recorre estas regiones al frente de las tropas que continuaron siéndole fieles después de la derrota. ¡Quiera Dios que no sea la señal de nuevo levantamiento contra misioneros y cristianos!

El precitado reverendo Padre Superior de la Congregación belga del Inmaculado Corazón de María, nos escribe con fecha de 13 de Enero:

Junto con el P. Van Merhaeghen, cuya muerte anuncié en mi carta 6 corriente, ha sido asesinado el R. Padre Bongaerts, que residía en la misma cristiandad de Sia-yen-tse. Esta nueva pérdida no pudo ser comunicada el mismo día que la anterior, porque los chinos desconocían la nacionalidad y nombre europeo del misionero, que usaba el nombre chino P'eng.

El R. P. Enrique Bongaerts nació en Tongerlo (Limburgo-Bélgica) el año 1874. Entró en el noviciado el 1894, fué ordenado sacerdote el 21 de Septiembre de 1898, y partió para la Mongolia Sudoeste en Septiembre de 1899. Con él son ya nueve los Mártires que honran nuestra Congregación.

¿Tendrán las Autoridades chinas la energía necesaria para aprisionar á Tung-fu-siang, que es un peligro, una amenaza constante no sólo para las Misiones, sino también para la tranquilidad del imperio? Su ejecución podría dar origen á un levantamiento en masa de los musulmanes, tan numerosos en la provincia del Kan Su.



TONKIN.—PUENTE CUBIERTO SOBRE UN RÍO.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 34)

NUEVOS ASESINATOS EN CHINA

Breves días habían transcurrido del en que recibimos las anteriores cartas del Superior en Bélgica de las Misiones Extranjeras, cuando nos sorprendió desagradablemente el telegrama del R. P. Delpech, superior del Seminario de la calle del Bac, París.

Recibo de Hong-Kong el siguiente telegrama:

Julien, y dos chinos asesinados, el 15 Enero.
DELPECH.

El P. Hipólito Julien nació en la diócesis de Coutances el año 1874, y en 1897 partió á misionar el Kuang-tong (China).

Alentamos la esperanza de que estos asesinatos serán los últimos ecos, los últimos efectos de la revolución que ha ensangrentado aquel desventurado imperio, y que Dios, oyendo las súplicas de tantos Mártires, le otorgará una era de paz estable y fecunda para el apostolado católico.

CORRESPONDENCIA

ASIA MENOR

NECESIDADES DE LA MISIÓN DE ADANA

El Ilmo. Terzian, obispo de la diócesis que tiene la gloria de poseer la ciudad de Tarsis, patria de San Pablo, nos remite la siguiente conmovedora carta:

CARTA DEL ILMO. TERZIAN, OBISPO DE ADANA Y TARSIS,
Á LOS DIRECTORES DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN
DE LA FE.

Los donativos de los socios de la Obra de la Propagación de la Fe nos han prometido establecer, hasta la fecha, seis Misiones en las más importantes localidades

de la diócesis. Todas carecen no sólo de iglesia, sino también de capilla digna de tal nombre.

Adana, mi residencia, tiene por catedral una vieja capilla de cuarteados muros. Y es conmovedor verla llena á rebosar de fieles que asisten con devoción extraordinaria á cuantos actos de culto celebramos.

Tarsis ni iglesia tiene. Dios vive en mísera boardilla. Las limosnas de algunas almas buenas nos sirvieron para comprar un terreno, pero se acabó el dinero, y el terreno queda improductivo esperando el templo que ha de sostener. Los excelentes sentimientos del pueblo alientan nuestros esfuerzos, pero ¡cuánto apena el alma ver á nuestros rivales aprovechándose de la pobreza que nos aflige, desplegar actividad febril y burlarse de nuestra miseria! Los protestantes han levantado numerosos templos en la patria de San Pablo.

En Mersina la Misión está establecida en una casa alquilada; tan precario estado paraliza la excelente voluntad de los misioneros y nos imposibilita el progresar.

Sis tiene por templo una bodega convertida en capilla. El pueblo guarda los mejores recuerdos de los antiguos Patriarcas que acataban el poder de Roma; pero nuestra indigencia es causa de que sea más difícil de lograr que estas pobres gentes vuelvan al camino de la verdad.

En Hadjine el crecido número de conversiones nos obligaron á emprender la construcción de una iglesia puesta bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús. Cinco años hace que están las obras interrumpidas por falta de recursos. Hadjine es una ciudad en la que se cuentan unos 20,000 cristianos, de los que son católicos más de 2,000.

Otras Misiones pasan á veces largo tiempo sin ser visitadas por falta de sacerdotes. Payos, ciudad marítima, solicita un sacerdote, y ciento cincuenta familias piden entrar en el redil de la Iglesia verdadera.

Por lo que á centros docentes se refiere, dirigimos doce escuelas de niños ó niñas.

El recién fundado Seminario de San Pablo, objeto de mis desvelos y mi única esperanza, cuenta en la actualidad doce alumnos cuya conducta ejemplar me consuela.

Nuestros asilos de huérfanos siguen una marcha regular: sólo temo deber limitar las admisiones.

En Tarsis hemos fundado un convento de Religiosas para formar Religiosas indígenas. Todas nuestras Misiones necesitan del eficaz concurso de tan abnegadas auxiliares. Religiosas y novicias viven en una casa que amenaza ruina.

¡Séame, pues, permitido tender la mano á todos los fieles del mundo, y rogarles no se olviden de esa pobre Misión!

COLOMBIA

HECHOS DE LA REVOLUCIÓN

Sangrienta guerra civil, cuyo resultado hasta la fecha es imposible prever, extiende hace dos años la desolación y la ruina en aquella antes floreciente República de la América del Sud. Una facción compuesta de liberales, radicales, negros, bandidos y gentes sin patria lucha contra el partido conservador católico que ocupa el poder. Es, como en la República del Ecuador, la guerra de Satán contra Cristo, es el eco del *non serviam* pronunciado en los primeros tiempos por los primeros revolucionarios, es la práctica del principio del egoísta y revolucionario «sacar á los de arriba para subir yo.»

A la amabilidad de los Hermanos Maristas debemos la siguiente interesante correspondencia cuya publicación empezamos hoy. Los establecimientos que los Hermanos dirigen han sufrido y probablemente siguen sufriendo por efecto de esta lucha enconada y fratricida. El de Quibdo, fundado en 1895, en la provincia de Atrato, es por efecto de su situación en una provincia tan distante del centro, el más castigado.

Terminada la publicación de esta correspondencia empezaremos un extracto de cuanto han padecido las Misiones de Casanare (Colombia), extracto tomado de una edición oficial de cartas, documentos, etc., que debemos al celosísimo Pastor é incansable misionero Fr. Nicolás, obispo de Adrianópolis, vicario apostólico de Casanare.

V. J. M. J.

Cali, 23 de Abril de 1901.

Reverendísimo Hermano Superior general.

Restablecido en parte de la penosa y memorable campaña del *Choco*, me hago un deber y tengo en gusto de ofrecerle mis respetos y el de mis Hermanos y compañeros de infortunio.

Bien sabéis, reverendísimo Hermano, cuánto han sufrido vuestros hijos de Quibdo por efecto de esta revolución nefanda que devasta la hermosa tierra colombiana. Creo complaceros al remitiros el siguiente fiel relato de las peripecias que la Providencia ha permitido sufriéramos durante los catorce largos meses que nos hemos visto incomunicados con Europa.

I.—*Preludios de la ocupación del Choco por los radicales*

El Choco (región de Colombia que comprende la provincia de Atrato y la de San Juan) que en el decurso de las sublevaciones de 1885 y 1895 se mantuvo pacífico cual indiferente espectador, se agitó y tomó parte

en la presente lucha desde los primeros días del levantamiento general, esto es, desde fines de Octubre del año 1899. En Noviembre los insurrectos amenazaron Quibdo, defendido sólo por cuarenta conservadores ó católicos (que aquí al partido católico le llaman conservador). Si en aquel entonces la plaza no se rindió á los sublevados, si éstos no nos impusieron su tiránica dominación, se debe á la enérgica actitud del prefecto, quien había formado la resolución suprema y heroica de incendiar la ciudad antes que entregarla á los enemigos. Para lo cual mandó colocar numerosas latas de petróleo y barriles de pólvora, convenientemente distribuidos y preparados con buenas mechas que en un momento dado hubieran sido encendidas. Los principales comerciantes, todos radicales, temieron ante las enormes pérdidas que les amenazaban, y buscaron la manera de solucionar el conflicto. Por voluntaria contribución reunieron 600 piastras, que repartieron entre los sublevados, los cuales se retiraron contentos sin atacar la ciudad.

Los efectos de esta primera alarma duraron pocos días: renació la paz y llegamos á creerla duradera, pero nos engañamos.

Algunos blancos y mestizos de Quibdo, cabezas calientes sin nada que perder, juzgaron que la revolución podía serles un buen negocio. Aprovechándose de una relativa libertad que el gobernador, por falta de apoyo, se veía obligado á dejarles, se esparcieron en todas direcciones, y sublevaron á los negros diciéndoles que el Gobierno había acordado restablecer la esclavitud. Tan grosera mentira fué la chispa que encendió la revolución no sólo en Choco, sino en toda Colombia. Por ella engañados millares de negros se han hecho matar en el campo de batalla.

De Antioquía vinieron 200 soldados del Gobierno para defender la ciudad. Pocos eran para imponerse á los 100,000 habitantes del Choco, cuyas nueve décimas partes son liberales; pero hasta ese pequeño socorro perdimos. Los jefes de la fuerza auxiliar no lograron entenderse con el gobernador, y á los quince días se marcharon con armas y bagajes.

Los radicales multiplicaron su actividad, y el éxito coronó su satánica empresa. A fines de Diciembre quedamos incomunicados con el interior de la República y con el extranjero. Entonces presentimos que nos amenazaban inminentes peligros. Las Autoridades aparentaban tranquilidad. Y aquella seguridad aparente nos engañó.

II.—*Confusión en el campo conservador de Quibdo*

El 19 de Enero de 1900 fué para los conservadores un día de penosísima angustia, y para los misioneros el principio de una vida errante y de sufrimientos. Una partida de vagabundos al frente de la que marchaba uno que se hacía llamar general, Rafael Díaz, entraron en el Choco y precipitaron los acontecimientos. El gobernador se dejó intimidar por las formidables amenazas del improvisado general, y acto seguido entre los que debían ser nuestros defensores se produjo el más completo desorden. ¡Esperaban la llegada de los refuerzos que

venían de Cartagena, y todos se sublevaron!... ¡Estábamos perdidos! ¡Sólo en Dios podíamos esperar!

Los parlamentarios que fueron á tratar con los enemigos las cláusulas de la capitulación, al regresar nos dijeron que dos Padres Capuchinos que misionaban las vecinas aldeas habían sido hechos prisioneros. Sabíamos, pues, la suerte que nos esperaba.

III.—*Huida de los Padres Capuchinos y de los Hermanos Maristas*

La situación era crítica. Padres y Hermanos pensábamos en abandonar la casa. Desgraciadamente dos Capuchinos se hallaban convalecientes, y yo guardaba cama desde la mañana, postrado por fiebre más que regular. Ambas Comunidades se reunieron en mi aposento para resolver qué debíamos hacer. Propuse á los Padres y á los Hermanos que me abandonaran al cuidado de la Providencia, y que ellos procuraran salvarse. Al decir esto olvidaba que la caridad, practicada hasta el heroísmo, es una de las primeras virtudes de los Religiosos. Mi proposición fué rechazada sin discutirla. No había tiempo que perder: los invasores se acercaban: el bien común me exigía un supremo esfuerzo: me levanté y les dije: «¡Partamos! ¡Dios sobre todo!»

Eran las seis de la tarde. Ultimamos los preparativos de viaje; pero ¿dónde ir? ¿huiríamos hacia los bosques y los pantanos, ó hacia la Córdillera? Precisaban cuatro ó cinco días de andar á pie para llegar á refugio seguro; los caminos estaban intransitables, y había entre nosotros un anciano y enfermo. ¿Nos refugiaríamos en alguna casa particular? Ninguna ofrecía seguridad: los dueños habían huido al interior de los bosques, á las orillas de los ríos, y en su mayoría habían empuñado las armas. El único camino posible era seguir la corriente del río Atrato, en cuyas orillas dominaban los revolucionarios. ¿Dónde hallar una embarcación? Sin pérdida de momento y á paso de carga un Padre Capuchino fué á rogar al gobernador que nos cediera una de las grandes canoas que las cadenas retenían delante de nuestra casa. En aquellos momentos en el Gobierno el vino causaba sus lógicos efectos: el Padre encontró al gobernador disputando con un oficial antioqueño. El oficial gritaba: «¡Por la cruz de mi espada, por las cenizas de mi padre, por el recuerdo de mi madre, no me rindo!» Y su interlocutor tambaleándose decía: «Señores, sirvanme de testigos, el capitán dice que se va.» Otro capitán antioqueño y algunos de los mejores soldados, firmes también en no rendirse, abandonaban la ciudad gritando y malgastando en salvas los últimos cartuchos. ¡Todo estaba perdido! Las súplicas del Padre no eran oídas: era en vano pedir apoyo á aquella sombra de autoridad.

En estas estábamos cuando se nos presentaron dos jóvenes, uno de los cuales, que era el mejor de mis alumnos, había durante las últimas semanas dado pruebas de resolución y valor asistiendo durante el día á la escuela, y por la noche compartiendo las fatigas y ejercicios de los voluntarios. Les recibimos con alegría y creímos que podían hacernos mucho favor. Acto seguido pusieron á desamarrar la mejor de las canoas y á trasladar á ella nuestras provisiones. Desgraciadamen-

te, ó mejor providencialmente, los improvisados canoeros perdían el tiempo en vanas tentativas. Visto lo cual, creyendo que el peligro aumentaba, un Padre Capuchino nos propuso la idea de ir á esperar la canoa en una casa situada á la orilla derecha del río y distante un kilómetro y medio. Esta proposición, que de pensarla fríamente nos hubiera parecido desacertada, fué aceptada con entusiasmo y puesta en práctica en el acto.

Entre ocho y nueve de la noche emprendimos la marcha. La tristeza, el dolor más profundo embargaba nuestros corazones al abandonar nuestro colegio lleno de tan dulces recuerdos, las cruces, las imágenes, los libros, todo, en una palabra, cuanto nos consolaba y alentaba en este olvidado rincón de la tierra americana. ¡Y lo abandonábamos á la profanación, al pillaje y á la ruina!

La casa donde nos dirigíamos la habitaba un turco á quien conocía. Me coloqué, pues, al frente de la caravana, y llegamos á la casa sin otro incidente que la caída sin consecuencias de un Padre Capuchino.

IV.—*Refugio providencial*

La casa del turco nos abre sus puertas, y júzguese nuestra sorpresa al hallarnos no sólo en la casa de un entusiasta partidario de la revolución, sino también en presencia de treinta ó cuarenta mujeres radicales acompañadas de sus hijos: en fin, un nido de revolucionarias y conspiradoras. Un mes ó más hacía que se hallaban reunidas en aquella casa, en apariencia para protegerse unas á otras contra pretendidas injusticias de los conservadores, pero en realidad para conspirar más libremente contra la Autoridad legítima, mediante las confidencias que daban á los grupos de insurrectos que vagaban escondidos por los alrededores. Es digno de mención el hecho de que en el Choco las mujeres suelen desempeñar importante papel en las agitaciones políticas: esta vez han puesto su influencia al servicio de los rebeldes.

Vea, pues, ante qué sociedad nos presentábamos. Como es fácil comprender nadie nos esperaba; nuestra aparición no podía ser más intempestiva. En todos los rostros vimos pintarse asombro no menor al por nosotros sentido. Las conversaciones, que de fuera oíamos animadas y alegres, cesaron, y nos miraban cual preguntándonos: ¿Qué buscan aquí estos señores? Pasados los primeros momentos de sorpresa vimos que aquellas gentes, entre las que temíamos no hallar ni un amigo, nos miraban con aspecto amable y confiado. Alentados les dijimos el motivo que allí nos guiaba, añadiendo que proseguiríamos el camino en cuanto llegara la canoa que esperábamos. ¡Cuál no fué nuestra sorpresa al ver á todos los reunidos oponerse á nuestros planes, y esforzarse en convencernos de que debíamos desistir de nuestro intento! Varias mujeres hablaban con calor, enumerándonos las avanzadas de sus amigos, y los centinelas colocados á lo largo del río con orden de disparar sobre toda embarcación que no contestase al ¡quién vive! del partido liberal. Y el turco nos invitó á permanecer en su casa.

Nos amenazaba un peligro inminente: ¿debíamos

afrontarlo sin verdadera necesidad ó aceptar el socorro que nos brindaban? Después de pensarlo detenidamente opinamos que era temerario seguir adelante, y á pesar de sentir gran repugnancia en permanecer en tal compañía, creímos cumplir los designios de la Providencia aceptando la hospitalidad.

Tras breve conversación encaminada á desvanecer nuestra desconfianza, nos sirvieron el café: luego á invitación del Vicepresidente de la Misión la casi totalidad de los reunidos nos acompañaron en el rezo del Santo Rosario. Orar á Dios y á la Virgen y hacer el juego al diablo es una de las extrañas anomalías de este país.

A las diez y media pusieron á nuestra disposición una espaciosa sala. Arreglar el lecho fué empresa de segundos: una estera y sobre la estera nuestros cuerpos cansados por tantas y tan variadas emociones: lechos como esos eran los que nos esperaban durante toda la campaña. Breve fué el descansar; á la una de la madrugada nos despertaron los gritos y vivas á los revolucionarios, dados por los jóvenes de Quibdo que se habían apoderado de las armas abandonadas por los conservadores y que descendían el Atrato. Temblaba de horror y de indignación al oír los aullidos de triunfo, á los que contestaban las mujeres de la casa que habitábamos. La prudencia nos aconsejaba silencio y resignación.

V.—Ocupación de Quibdo por los revolucionarios

El 20 de Enero, á las nueve de la mañana, 200 negros armados de viejos fusiles de caza y machetes, capitaneados por algunos blancos, todos ebrios y distribuidos en ocho canoas, desembarcaron en *Caran*, nombre del lugar donde estábamos refugiados, y á pesar de su aspecto repugnante fueron recibidos con los brazos abiertos por cuantos nos rodeaban. Alentados por el entusiasta recibimiento emprendieron el camino por nosotros seguido la noche anterior.

En Quibdo les recibieron como héroes. Numerosas mujeres, especialmente las de color, corrieron á su encuentro, y les saludaron arrojándoles lluvias de flores y aclamándoles con vitores y cantos acompañados de danzas desordenadas.

Si la fiesta se hubiese limitado á lo dicho hubiera sido hasta cierto punto tolerable; pero las pasiones excitadas por la bebida y por los jefes no tardaron en desencadenarse de manera horrible.

Llegados á la plaza pública y al pie de la cruz que al centro de la misma se levanta, los negros de horrible aspecto se desbandan y corren en todas direcciones para saquear las casas de los conservadores y aprisionar á cuantos caigan en sus manos. Durante largas horas aquellos demagogos fanatizados dieron rienda suelta á sus instintos perversos. El jefe de los conservadores es arrastrado á la plaza pública con intención de asesinarle; y se libra de la muerte gracias á la oportuna intervención de algunos influyentes comerciantes, que le arrancan á viva fuerza de manos de aquellos hombres sedientos de sangre. Al mediodía todos los partidarios del Gobierno estaban aprisionados y tendidos en un pasillo, donde permanecieron ocho días sufriendo el sol y la lluvia y casi sin comer, expiando así su cobardía causante de tantas desgracias.

VI.—La persecución alcanza á los misioneros

Los Padres Capuchinos y los Hermanos Maristas no podían quedar olvidados. ¡El delito de llevar sotana, de vivir en Religión y de sacrificarse en bien de un pueblo más que semisalvaje, merecía la cárcel! Los establecimientos, convento y colegio, no tardaron en verse invadidos por pandillas de facinerosos. Muchos nos buscaban para ultrajarnos, y todos tenían sed de pillaje. Las puertas que dejamos cerradas cayeron á los repetidos golpes. Algunas de las mujeres de Carano que fueron á tomar parte en aquellas saturnales, debieron descubrir nuestro refugio, pues el mismo día cuatro hombres armados se presentaron á la casa del turco y pidieron que se les entregaran los seis ú ocho *revolucionarios* (así nos calificaron) que, decían, estaban escondidos en aquella hacienda. Estos hombres estaban bien informados, pues de los trece Religiosos de la Misión en la casa refugio quedábamos ocho, cinco Capuchinos y tres Hermanos Maristas; de los cinco restantes dos eran prisioneros y los otros tres habían, cuando aún era tiempo, salido para otra residencia.

A la petición de los enviados el turco contestó que en su casa no habían revolucionarios, y les invitó á retirarse, lo que hicieron sin chistar. En el decurso de aquel mismo día otras dos veces se presentaron emisarios con la orden expresa de llevarnos presos; pero con gran admiración nuestra, las mujeres que había en la casa se mostraron resueltas á protegernos, y nos defendieron con valor y energía—me complazco haciéndolas justicia y pido al Señor que les premie esta obra de caridad.—Al venir los rebeldes por tercera vez queríamos presentarnos, y ellas lo impidieron. Con tanta solicitud velaban por nosotros, que á la menor alarma cerraban la única puerta del aposento donde nos alojábamos los Religiosos, y era forzoso obedecer.

La noche del 20 al 21 fué relativamente tranquila. El 21 por la mañana llegaron otros 400 negros capitaneados por el *soi disant* general Rafael Díaz. Entre los prisioneros de esta partida se contaban los dos Capuchinos de que hablé anteriormente, á quienes, gracias á la intervención de algunos influyentes de la provincia, les permitieron venir á compartir nuestro refugio de Carano.

Este general, como todos los de su partido, odia á los Religiosos. Nos acusó de tener armas escondidas, exigiéndonos la entrega inmediata. A la contestación de que no teníamos otras armas que cruces y rosarios, insistió y vino personalmente á amenazar á nuestro huésped si no nos obligaba á descubrir las soñadas armas. Comprendíamos claramente el fin que perseguía, pero sus planes fueron desbaratados por el rumor de que el Gobierno enviaba refuerzos desde Cartagena.

VII.—Un rayo de esperanza

La noticia llegada á Quibdo el 23 de Enero de que remontaba el río un buque con tropas leales, sembró el terror entre los insurrectos. Su famoso general desapareció sin que nadie supiera su paradero; los jefes y el grueso de las fuerzas huyeron: sólo 80 negros á fuerza

de ruegos, promesas y excitaciones, se resolvieron á apostarse cerca de donde nos hallábamos para atacar el buque.

Nosotros aquel día creímos recuperar la libertad; vana esperanza. Mientras en Quibdo reinaba el desorden y la consternación, nuestros deseados libertadores, que sólo debían presentarse para lograr la más completa victoria, se detuvieron cuando apenas distaban una legua de nuestro refugio. Atemorizados por las falsas informaciones que les dieron de las fuerzas rebeldes, no se atrevieron á avanzar, y más que de prisa regresaron á Cartago, dejando triunfantes al pillaje y á la anarquía.

VIII.—*Regreso á Quibdo*

La triste nueva de nuestro abandono no nos encontró en Carano: suponiendo que en los alrededores se libraría un combate y que nuestra vida corría peligro, siguiendo los consejos de nuestro huésped y alentados por la esperanza de pronta libertad, resolvimos volver á la ciudad.

Depositamos en manos de nuestro protector el poco dinero que teníamos, y emprendimos la marcha; nos acompañaban él y seis de nuestras valientes guardianas. Llegábamos á las primeras casas de la ciudad cuando nos salieron al encuentro dos hombres, bien conocidos en la región: eran D. Leoncio Ferrer, masón de alto grado, tenido en Choco como jefe del partido liberal, y su yerno Víctor Chaux, armados de bastón y revólver. Se plantaron ante nosotros y á mitad del camino; su aspecto era poco tranquilizador. Pero estaba escrito que debíamos ir de sorpresa en sorpresa. Don Leoncio después de golpear el suelo con el bastón gritó: «Padres, Hermanos. Aquí estamos para defenderles. Aquel que les toque muere. No tienen ya casa, ocupen la mía...» Este singular francmasón, que acababa de declararse nuestro protector, mantuvo hasta el fin la palabra empeñada: debemos estarle muy agradecidos por los servicios que nos prestó.

IX.—*La prisión*

Vedme otra vez en Quibdo. Según nos dijeron convento y colegio, propiedades del Obispo de Popayán, estaban ocupados por revolucionarios de la peor calaña. Por razones que creo inútil enumerar no aceptamos el ofreci-



TONKIN.—ENTRADA DE UNA GRUTA.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 36)

cimiento del Sr. Ferrer. Nuestro amigo el turco nos instaló provisionalmente en una casa abandonada hacía pocos días por los agentes franceses de una Compañía minera. Don Leoncio Ferrer y otros personajes nos acompañaron; eran ocho, casi todos ebrios, cuando entramos en la casa. En ella y sin formación de juicio ni de nada el Sr. Ferrer mandó fuese encarcelado el general Díaz, quien, con sus maneras altivas é insolentes, se había captado la antipatía de los principales del país.

Sus conjurados, que habían visto al Sr. Ferrer en nuestra compañía y salir de nuestra nueva habitación, podían, hasta involuntariamente, comprometerlos. Así lo comprendieron las fieles protectoras que Dios nos deparaba. Sin pérdida de tiempo nos hicieron salir por una puertecilla de escape, y escondernos en una casa vecina situada en calle menos céntrica y propiedad de

una de aquellas buenas señoras, madre de dos de mis alumnos. Muy distantes estaban de sospechar éstas, á quienes faltaría á la caridad y á la justicia si no las elogiara, que aquel acto de caridad nos daba por asilo una cárcel. Para mayor seguridad nos suplicaron con vivas instancias que no abriéramos puertas ni ventanas. A su vez los jefes revolucionarios, velando también á su manera por nosotros, nos prohibieron terminantemente comunicarnos con nada ni con nadie del exterior. ¡Vednos, pues, prisioneros y prisioneros en toda regla!... ¡Dios lo permite; cúplase su santa voluntad!

(Continuad.)

TCHE-LI SUDESTE (CHINA)

El número de las *Etudes* (Revista quincenal fundada en París por los Padres de la Compañía de Jesús) correspondiente al 5 del próximo pasado Enero, publica un importante artículo, titulado *Falsos testimonios contra los misioneros*, y firmado por el R. P. Desmarquest, procurador de la Misión del Tche-li Sudeste.

Atendiendo al relativamente corto espacio de que, por ser mensual nuestra Revista, podemos disponer, nos limitaremos á traducir la parte que contesta á la acusación con frecuencia lanzada contra los misioneros de que son «inmensamente ricos.»

«La Misión del Tche-li Sudeste posee única y exclusivamente doce hectáreas de tierra en Tien-tsin. ¿Por qué y cómo fueron compradas? A estas preguntas pueden contestar los que establecieron el protectorado francés. No hallando comprador para unos terrenos, y queriendo impedir á cualquier precio que cayeran en manos de los chinos, instaron á los misioneros y casi les obligaron á quedarse con ellos. Estos se sacrificaron para complacer á los representantes de la nación francesa, y lo que hoy les reprochan como acaparamiento fué en realidad un acto de verdadero patriotismo.

«¿Se les debe culpar porque han sabido mejorarlos, cultivarlos y hacerlos producir? Basta ser hombre de buena fe para comprender que á tan enorme distancia de Francia, una Misión que cuenta 700 cristiandades todas pobres, arruinadas periódicamente por las inundaciones, el hambre y las revueltas, necesita de cuantos recursos locales pueda proporcionarse.

«Y en la actualidad son más necesarios que nunca, porque deben ser reconstruidos todos los establecimientos fundados á fuerza de sacrificios, durante cinco años de incesantes luchas y trabajos. De las 694 cristiandades todas tenían á lo menos un modesto oratorio; hoy no suman 50 las en que los cristianos cuentan con misero cobertizo donde reunirse. Los restantes han sido incendiados ó arruinados y los materiales vendidos. De los seis colegios de la Misión sólo dos quedan en pie. Poseíamos ocho asilos de huérfanos; cinco han sido incendiados y los huérfanos muertos ó arrebatados por los bandidos. De las 430 escuelas, esperanza de la Misión, quedan 49 con 950 alumnos en vez de los 4,750 que contábamos. En fin, las 87 farmacias-dispensarios

que cada año distribuían gratuitamente medicamentos á unos 12,000 enfermos, han debido ser cerradas. ¡No acusaban también á los misioneros de distribuir remedios hechizados y de envenenar los pozos!

«Vemos, pues, que la calumnia persigue por todas partes á estos hombres que un día creyeron poder en tierras lejanas practicar el bien más libremente. ¿No se lo había predicho Aquel á quien anuncian á las naciones? ¿Por qué asombrarnos? Hoy en China les acusan de hechiceros; en Francia de negociantes; mañana, no lo dudéis, les acusarán de cualquier cosa, de algo nuevo. Se esfuerzan para desprestigiarlos ante el público, pero en realidad sólo se dejan engañar los que quieren ser engañados. Estos pretendidos «testimonios oculares,» que nada vieron, siempre dejan ver la punta de la oreja. Los testimonios verdaderos tienen otro acento, otra manera de afirmar. Preguntadles á los 300 soldados franceses que invernaron en Hien Hien, y que vieron y trataron de cerca á los Jesuitas porque vivían entre ellas, en su casa. Preguntad á los hombres dignos, comerciantes ó diplomáticos, que vinieron á China, no como *touristas* y llenos de prejuicios, sino que les conocieron, y estudiaron y juzgaron con imparcialidad. La contestación es la misma, todos están acordes, todos proclaman y encomian el desinterés de los misioneros, y los inapreciables servicios que prestan á la civilización y á la patria.»

DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKIN

POR EL P. GIROD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

(Continuación) (1)

XII.—LA EMBOSCADA DE HOANG LUONG.—UN JUDAS.—EL CAPITÁN MAGUENOT.—ASELINATO DE DOS SATÉLITES.—APUROS DE LOS HABITANTES DE NGO XA.—EL LUGARTENIENTE MOLL.

Los destacamentos militares de Van-Ban y de Cam-Khe no se cansaban de recorrer el terreno en todas direcciones, de visitar los senos más recónditos de las montañas practicando reconocimientos no siempre coronados por el éxito.

Un día, entre otros, el capitán Maguenot cayó en una emboscada, lo que le obligó á sostener sangrienta escaramuza en el puente de Hoang Luong, no lejos de Ngo Xa. Habían convenido con el capitán Kleber en salir á primeras horas de la mañana á recorrer el bosque, no cejando hasta descubrir la guardia de Quyen Ao, la cual, según confidencia, debía hallarse por los alrededores de Que-Son. Después de mil fatigas éstos oficiales, que no vieron alma viviente, acordaron, cuando ya anochecía, separarse y regresar cada cual á su cuartel. Kleber marchó el primero. Los piratas, hábilmente escondidos aprovechando los accidentes del terreno, intentaron apoderarse del lugarteniente Mague-

(1) Véanse *Las Misiones Católicas*, los números correspondientes á los meses de Julio, Agosto, Septiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre de 1901, y Enero de 1902.

not, impidiéndole el paso del arroyo que separa Hoang Luong de Ma La. El puente de Cambás, previamente cortado por los piratas, se hundió al paso de los hombres de la vanguardia. Simultáneamente cayó sobre el destacamento una lluvia de balas que hizo numerosos heridos. El ruido de los disparos y las vibrantes notas del clarín fueron oídos por la columna Kleber, que desandando el camino llegó á paso de carga donde se libraba la acción, y atacando con vigor á la bayoneta puso en fuga al enemigo, que desapareció entre las rocas y los arbustos.

Podrían acusarme de falta de franqueza ó de encubridor de hechos si no hablara de un pilluelo de veinte años, llamado Trien, el que poco tiempo antes del en que sucedió lo que voy á relatar había sido despedido de la parroquia de Du-Bo por ladrón. La policía del pueblo, presidida por el jefe del cantón, le prohibió permanecer en el distrito, esperando que se entregaría á la justicia. Pero en vez de regresar á su país, donde trabajando pudiera vivir honradamente, Trien resolvió vengarse, entrando á formar parte de una partida pirata, y esperando el momento en que el misionero y el sacerdote chino irían á misionar en Ngo Xa. Vagaba por aquellos alrededores el día en que fué sorprendido el lugarteniente Huang Luong, y es probable que él diera la señal de ataque, después del cual en vez de emprender la fuga le pareció mejor mudar de vestidos (operación sencilla y brevísima para un anamita), y cubriéndose con una piel de cordeiro, luciendo sobre el pecho un escapulario nuevo, salió al encuentro de los soldados que regresaban á Van-Ban.

—Yo católico, repetía tendiendo la mano á un soldado europeo; pero le salió el tiro por la culata porque la mano que tendía olía á pólvora... Cogido en sus propias redes no cesaba de gritar:

—¡Yo católico, yo boy (criado) del P. Bac!

Afortunadamente en Ngo Xa mi pícaro ex-criado no halló fiador, y á pesar de sus protestas de inocencia fué llevado á Van Ban y de allí á la cárcel de Hung Hoc.

Después de meditarlo, me apresuré á facilitar cuantos datos creí necesarios ó convenientes con relación al citado sujeto, que ante las Autoridades francesas era muy capaz de presentarse como víctima del clericalismo. Burlándose de todas las precauciones, á los pocos días de preso Trien se fugó de la cárcel, volviendo á refugiarse entre los piratas. Su audacia llegó al extremo de escribir una carta amenazadora al cura de Du Bo. Dios cuidó de reducirle á la impotencia: no creo hubiera transcurrido un mes de esta carta cuando supimos que había muerto víctima de la fiebre de los bosques. En general los traidores acaban mal, y es preferible abandonar á su desgraciada suerte una oveja leprosa que dejarle contagiar todo el rebaño. San Pablo ya se lamentaba de los falsos hermanos.

En Cam Khe el capitán Maguenot, tan buen administrador como valiente soldado, se esforzaba para captar las simpatías de los indígenas; quienes amarían la Autoridad francesa, á no ser por la mala fe de los mandarines, que los franceses conservan en los cargos que

desempeñaban antes del protectorado. Al igual que la generalidad de sus colegas, el *quan-huyen* (subprefecto) de Cam Khe no se limitaba á exigir las contribuciones y jornales gratuitos, que eran menester para el cumplimiento de las disposiciones de la autoridad superior. Cuando un oficial necesitaba, por ejemplo, mil bambús para reparar empalizadas, siguiendo la fórmula de cajón de las circulares administrativas, suplica atentamente al mandarín que se los facilite, diciéndole que le serán pagados al contado. El mandarín ordena le entreguen á *fiado* tres ó cuatro mil bambús, y guarda en su bolsillo el oro francés. El jefe del apostadero militar desea ver á cuantos se distinguen ó por sus riquezas ó por su influencia, y preguntarles sobre las necesidades ó conveniencias de la región: el *quanhuyen* se apresura á mandarles avisar por dos satélites ó policías, por quienes cobra crecidas dietas. Y cuando se trata de contratar jornaleros ó de una información judicial, precisa pagar una fuerte suma para librarse de las garras del mandarín y de sus excesivamente celosos subalternos.

Las aldeas ó ciudades que están bajo el inmediato dominio de los rebeldes, logran siempre por una ú otra razón sustraerse total ó parcialmente de las cargas oficiales que pesan con todo su rigor ó fuerza sobre los pueblos sometidos, no me atrevo á decir amigos. De ahí las reclamaciones, las malas inteligencias; injusticias, reclamaciones y líos que no es fácil arreglar. El capitán Maguenot solía para estos casos servirse de mis conocimientos del idioma y de las costumbres de los naturales. Y todos salían beneficiados, excepción hecha de los piratas.

Estos no desperdiciaban ocasión para comprometer la aldea católica de Ngo Xa, á la cual querían resolver á auxiliarles contra los franceses. Un día dos policías del *quanhuyen* fueron al pueblo para girar una visita de inspección en las Casas Consistoriales. Un pirata al frente de algunos hombres armados de lanzas y bastones, cayó sobre los enviados del mandarín y les mataron á golpes. Los cadáveres atados, á gruesos troncos de bananos, fueron echados al arroyo que desagua en el Gran Río más arriba de Tang Xa, y al siguiente día aquellos fúnebres despojos fueron recogidos delante de Cam Khe. El subprefecto pidió, como era justo, un castigo ejemplar: mas para coger á los culpables precisaba descubrirlos, y las primeras pesquisas no demostraron otra cosa sino que aquel doble asesinato se había cometido en Ngo Xa. Esta aldea iba á pagar muy caro el crimen que en ella cometieron los piratas.

En aquel entonces me hallaba en la parroquia de Yen Tap. El alcalde y las más distinguidas personalidades de Ngo Xa fueron declarados responsables, é interrogados, y á fuer de buenos anamitas, á cuantas preguntas les hicieron contestaron invariablemente *Khong biet* (nada sabemos). La persistencia en negar aumentó las sospechas que sobre ellos recaían. El capitán, que no quería permitir al *quanhuyen* descargar su rigor y cólera sin conocer la verdad, me escribió rogándome fuera á Ngo Xa, para ayudarle á descubrir los verdaderos culpables. En vez de reunir á los notables, que quizás me hubieran contestado: *Khong biet*, como al

capitán, cogí mi escopeta de caza y fuime á dar un paseo por los alrededores. Como siempre al verme de caza, me rodeó una turba de traviosos rapaces.

—Padre, venga V., y le acompañaré donde hay muchos ánades, cercetas...

—No, gritaba otro, calla tú y no digas mentiras; si el Padre quiere venir donde yo le guiaré, hallará millares y millones de palomas torcaces.

—Bien, pillete, tienes razón: toma, llévame la escopeta y guíame... vosotros, dejadnos, no os mováis de aquí.

Y al hallarme solo con mi pequeño guía, orgulloso

—¡Miedo! ¿por qué? ¿qué temáis si no son del pueblo los autores del crimen?

—Es que el *Doi Nghin* de Tu Tram dijo que si le delatábamos quemaría todas las casas.

Y ved cómo en este país todo se resuelve y todo se sabe amistosa, familiarmente. No maté ánades ni palomas torcaces, pero al regresar á Cam Khe pude decir al capitán cuanto deseaba saber, y los inocentes no fueron castigados por los culpables. A los notables de Ngo Xa se les dió fuerte reprimenda, para enseñarles á no ocultar la verdad. Y ellos desean no ocultarla; pero



TONKIN.—OFICIALES DE TIRADORES EN UN CAMPAMENTO DE PABELLONES NEGROS.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París

por haber merecido mi confianza, entablé con él la siguiente conversación:

—¿Es verdad que el otro día los piratas mataron á golpes á los hombres del *quan huyen*? ¿Acaso tú lo viste?

—¡Ah! ¡sí, recuerdo perfectamente!

—Tú ocultas la verdad; ¿pretendes afirmar que no fué en Ngo Xa donde les mataron?

—En Ngo Xa, Padre, en Ngo Xa; venga V. y verá donde.

Y el niño me acompañó á una encrucijada donde se veían evidentes señales de lucha.

—Padre, añadió, el otro día tuvimos miedo, mucho miedo: el capitán pasó por esta calle despacio, mirando: nada vió; y en la pared aun quedaban manchas de sangre. Tuvimos mucho miedo.

dicen, y tienen razón: «Basta que los fusiles franceses se alejen un minuto para que caiga sobre nuestro cuello la espada de los piratas.»

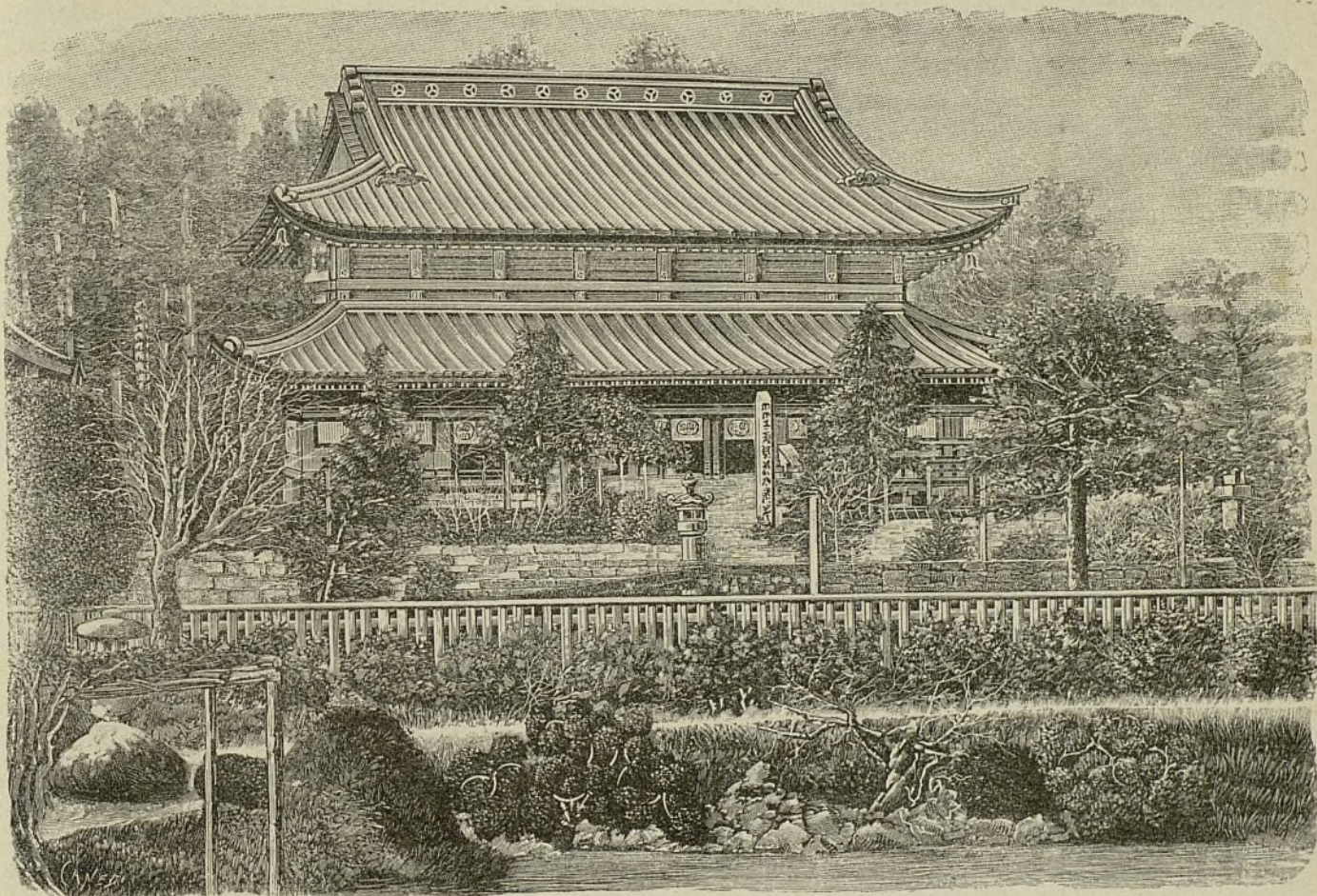
Dejando estas historias, siempre estaré profundamente agradecido al capitán Maguenot, cuya marcha de Cam Khe me causó profunda tristeza. Cuando en 1892 desembarcó segunda vez en las costas del Tonkín no olvidó remitirme una expresiva carta de saludo y amistoso apretón de manos, añadiendo que lamentaba no le destinaran á Cam Khe. Quince días después moría gloriosamente en la frontera de Cao Bang al asaltar unas trincheras levantadas por los chinos para proteger la entrada de inaccesible gruta.

Un oficial de tiradores, el lugarteniente Moll, muerto en el hospital de Ha Noi por efecto de terrible herida,

ha dejado también en mi corazón gratísimo recuerdo. Su familia había vivido muchos años en el Franco Condado, y él estudió en el para mí queridísimo colegio de San Francisco Javier, de Besançon. Talle de Hércules, valiente y generoso, abrazó la carrera de las armas para librar de ella á uno de sus hermanos. Su compañía ocupaba en Hung Hoa el *Van Mieu* (Pagoda de los letrados). Allí nos conocimos, y el Franco Condado fué para nosotros un lazo de unión y amistad. Cuantas veces pasé por Hung Hoa siempre hallé un cubierto preparado en la mesa de los oficiales. De Hung Hoa salió para Dai Lich y Ba Khe.

sité. Me recibió con muestras de gran alegría, y me dijo: —Padre, ¿no es verdad que volveré á ver el Franco Condado?

En la sala del lugarteniente Moll yacía también el joven misionero P. Cherbonnel, que moría víctima de la tisis. La noche en la cual mi querido hermano en Religión entregó su alma al Criador, le velaba y consolaba en compañía del P. Mechet. A las diez de la noche las Hermanas se reunieron y arrodillaron al rededor del lecho, y pidieron la bendición del misionero moribundo: el lugarteniente herido, que admiraba tan conmovedora ceremonia, me llamó y me dijo:



JAPON (*Nikko*).—EL SAMBUTSU-DO Ó TEMPLO DE LOS TRES BUDHAS.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Ribaud, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París

Iba gustoso y con entusiasmo á luchar contra Bo Siap, el viejo patriota anamita que siempre se negó á rendirse y que murió luchando en el corazón de un bosque, sin que hasta hoy nadie sepa con seguridad dónde ni cuándo; este partidario de la guerra sin cuartel y á todo trance contra los europeos, causó á los franceses muchas y sensibles pérdidas, y el lugar teniente Moll se cuenta entre las víctimas de la partida de Bo Siap. Este valiente oficial recibió en el muslo la descarga de un fusil de gran calibre cargado de metralla, y auxiliado por un tirador, tuvo la fortuna de no caer en manos del jefe pirata. Escondido en el fondo de un junco, después de varios días de horrible padecer llegó al hospital de Ha Noi. Su herida era mortal. Yo no quería muriese aquel heroico militar á quien el general había prometido la cruz de la Legión de Honor. De paso por Ha Noi le vi-

—¡Qué feliz es el Padre de volar al cielo! pedidle que no me olvide.

A los pocos días el lugarteniente Moll, fortalecido con los Santos Sacramentos, voló á reunirse en la gloria con su compañero de hospital.

(Continuará).

EL MAR LIBRE DEL POLO

VIAJE DEL DR. HAYES

ANIVERSARIO.—FESTÍN Y BAILE.—MONOTONÍA DE LA VIDA Á BORDO.—CREACIÓN DE UN PERIÓDICO SEMANAL.—DISCURSO Á ESTE PROPÓSITO.—ENFERMEDAD DE LOS PERROS.—PARTIDA DE SOUNTAG Y HANS.—FIESTAS DE

NATIVIDAD Y AÑO NUEVO.—VUELTA DE HANS CON SUS
PARIENTES.—NUEVAS DE LA MUERTE DE SOUNTAG.—
REAPARECE EL SOL.—TRES ANTIGUOS CONOCIDOS.—
ADQUISICIÓN DE NUEVOS PERROS.

Se había establecido como regla general á bordo, que el aniversario de un nacimiento sería celebrado con toda la pompa que permitiese el estado de recursos; y que en este día el héroe de la fiesta podría reclamar lo que él tuviera por mejor de la despensa del cocinero. El 21 de Octubre fué puesta en práctica esta regla á propósito de la fiesta del oficial de maniobra, llamado Mac-Cormick.

«Encontré en mi gabinete, escribe el Dr. Hayes, una graciosa carta de invitación: M. Mac-Cormick presenta al comandante los cumplimientos de la mesa de oficiales, y le ruega les conceda el honor de su presencia, el día 21 del corriente á las seis de la tarde.» No falté á la cita y volví á mi cubil, absorto de la habilidad del oficial de maniobra en el arte que dió la inmortalidad á Lúculus y la celebridad á Loyer; quedando muy encantado de ver á oficiales y marineros tan bien colocados. La carta, ilustrada por el lápiz de Racliffel, era de lo más atractivo para un hombre de buen apetito, y todas sus promesas fueron cumplidas. Después del portaje á la jardinera, digno prólogo del festín, vino un salmón cocido, tapado con una blanquísima servilleta; después llegaron sucesivamente el asado, una pierna de reno que pesaba catorce kilos, y guarnecida de mechado de pato, acompañada de helado de grosella y de compota de manzana. Después diversos platos de legumbres frescas, un enorme plam pud-ding, traído de Boston, y á medio velar por las llamas azules de un excelente ron; riquísimo manjar blanco, nueces, pasas, aceitunas, queso, pasteles de Boston, café, cigarros y no sé qué más. Se sacó Madera, Jerez y una copa de los frascos de vino del Rhin, hasta ahora cuidadosamente guardados. El *couleur locale* estaba representado por una mayonesa de caza helada, cortada en crudo en rajas muy delgadas y puestas en seguida al aire exterior.

«Por debajo de la carta se leían estas palabras: Kuorr tendrá el arco. Los oficiales cantaron en coro. Nos retiramos antes del alba. Todas las *sierras* están permitidas, excepto la de Joe Miller, á quien está prohibido emplearla.»

Al día siguiente de esta alegre fiesta hizo Hayes una nueva excursión del lado de la nevera del Hermano John: salió bien completamente, y añadió muchas observaciones á las ya recogidas sobre el sistema glaciario de Groenlandia.

Sin embargo, la más monótona rutina acabó por apoderarse de la vida á bordo: lo imprevisto y lo irregular habían enteramente desaparecido con el sol. Una pequeña péndula era el único soberano, y á su mando la campana de á bordo dictaba sus deberes á la tripulación, por el número de golpes. Se levantaban á las siete y media, para desayunarse una hora después, la colación era servida á la una, y la comida á las seis. Se apagaban las lámparas á las once de la noche y cada cual se acostaba. Sólo los vigías se paseaban por el puente y el comandante redactaba su diario. Para romper esta triste monotonía, y engañar el fastidio de las tinieblas polares, inventó

Hayes, como anteriormente el capitán Parry, crear un diario de á bordo. Esta idea fué acogida con transportes de alegría, y durante toda una semana estuvieron los oficiales muy ocupados en ponerla en ejecución. Naturalmente el estreno era cosa importante: nada se economizó para excitar la curiosidad pública: prospectos, carteles monstruos y todos los otros medios inventados de ordinario para mover la gula intelectual del excelente público. En fin, el *Correo hebdomadario del puerto de Foulke* vió el día, ó por mejor decir, hizo su aparición en el mundo. A este propósito se organizó un meeting. George Kuor, secretario del Dr. Hayes, fué nombrado orador, por aclamación, y encaramado sobre un bufete pronunció, desde lo alto de una tribuna, un discurso.

Terminado el cual en medio de calurosos y tumultuosos aplausos, la vista del *Correo* produjo una de las más favorables impresiones. Contenía el *Correo* dieciséis páginas de compacta escritura. Pasó á los marineros, y sus aplausos no fueron menos unánimes. Los días y las semanas se pasaban así con menos fatigosa lentitud, hasta el mes de Diciembre. En esta época la marcha de los acontecimientos, hasta entonces tolerables, fué turbada por una serie de desastres que ejercieron una funesta influencia sobre los destinos de la expedición, y deshicieron todos los planes formados para el porvenir de la empresa.

La enfermedad que se cebaba hacía algun tiempo en los perros de Groenlandia, se había desarrollado mucho en estos útiles animales, y se declaró súbitamente entre los del Dr. Hayes; y de treinta y seis de tiro, perecieron dieciocho. Habían ya muerto algunos por diversas causas, tanto que no quedaban más que nueve. El azote tuvo sus terribles efectos. En pocas horas los animales atacados llegaban á un estado que era necesario matarlos. Manifestaban, lo primero, una gran inquietud, corrían al rededor de la nave en un sentido, después en otro, aullaban sin cesar, y parecían mortalmente tocados de algún objeto imaginario que les incitaba á huir: sus ojos se llenaban bien pronto de sangre, y una baba espesa caía de la boca.

Todos los planes de exploración descansaban en los trineos, y los tiros iban reduciendo cada día, la empresa se encontraba irrevocablemente condenada si no se procuraba reparar las pérdidas ocasionadas por la enfermedad. Decidióse, pues, que si quedaban todavía bastantes perros, en la luna de Diciembre Sountag, acompañado de Hans, tomaría un trineo y trataría de ponerse en comunicación con los naturales. La partida tuvo lugar, en efecto, el 21 de Diciembre.

El 25 del mismo celebramos la fiesta de Navidad. La campana de á bordo fué izada en lo alto del mástil, y pendiente como las de otros países, fué echada á vuelo sobre un mundo de alegría; tañía sus notas claras en la soledad y las tinieblas. Hubo iluminación general: todas las lámparas se pusieron en ejercicio: se encendieron flameros de aceite, y el puente fué inundado de luz. La mujer de Hans iluminó su tienda en honor de la fiesta, cuya significación no debía ser muy clara para ella; su hijo el pequeño Pingasuik, con un pedazo de tocino de foca en la boca á guisa de chupador, reía y murmuraba como el más sabio de los chicos civilizados podría hacer en este día tan cristiano.

La comida, encontrada perfecta, fué seguida de un baile. Todo el aplauso de la *soíree* fué para uno de los marineros, que bailó un «paso á dos» con madama Hans. El cocinero había trepado sobre la escala, y olvidaba sus obligaciones culinarias, aplaudiendo bravamente á los actores.

A las fiestas de Navidad sucedieron las del Año Nuevo; luego que el reloj marcó la hora de media noche, dió la campana la señal, y los fuegos artificiales silbaron y estallaron en la serena atmósfera. Al vislumbre de los cohetes y de las luces de bengala que proyectaban sobre la nieve una extraña y fantástica luz, el ruido atronador del cañón y del tañido de la campana, repetidos por los ecos de las montañas vecinas, parecían ser las voces de los espíritus de la soledad, bruscamente sacados de su reposo.

Para esperar la llegada de la luz del día, Hayes se entretuvo en domesticar una zorra joven, cogida en un cepo por los marineros. «Mas si la noche polar, dice, es quizá soportada sin gran daño para la vida física, ¡cuán pasada para las facultades morales é intelectuales! Esta sombría y lúgubre soledad embota la inteligencia; la tristeza reina en todo, ante la imaginación; el silencio profundo, siniestro y tenebroso se transforma en terror...»

Sin embargo, Sountag y Hans, que hacía más de un mes partieron, no venían, y su ausencia comenzaba á producir vivas inquietudes. El 27 de Enero Hayes se preparó á marchar en su busca, cuando una violenta tempestad se desencadenó, y le detuvo á bordo este día y el siguiente. El 29, en el momento de su partida, dos esquimales aparecieron: interrogados por el intérprete, dijeron que Hans volvería bien pronto con algunos de sus parientes, que había encontrado. Llegó en efecto dos días después, acompañado del padre, madre y hermano de su mujer: mas Sountag no venía con él. Contó entonces lo que había pasado.

Los viajeros habían rodeado el cabo Alexandre sin dificultad; estando sólido el hielo no se habían detenido sino en la isla de Sutherland, donde construyeron una choza de nieve y tomaron algunas horas de reposo. Continuando en seguida hácia el Sud, alcanzaron á Sorfalik, mas no encontraron á los esquimales. Partieron entonces para la isla de Northumberland. Sintióse Sountag un poco entorpecido, saltó del trineo y corrió á la cabeza de los perros, para calentarse; de repente se hundió en el agua; una ligera capa de hielo cubriendo una hendidura abierta por la marea, se rompió bajo sus pies. Hans le ayudó á salir, y volvieron más que á prisa hácia la choza que acababan de abandonar. Cuando llegaron ya no podía Sountag hablar; el esquimal le quitó los vestidos helados, reemplazándolos con su saco de piel; le hizo beber aguardiente, y habiendo cuidadosamente cerrado la choza, encendió la lámpara de alcohol para elevar la temperatura y preparar el café; mas todos estos cuidados fueron inútiles, y Sountag murió después de estar un día sin conocimiento y sin haber pronunciado una palabra.

Los parientes de Hans Tcheichenguak, Kablunek, la madre Angest y el hijo, fueron acogidos por la tripulación como objetos de distracción y utilidad. Se construyeron una choza, con materiales que el viento había

amontonado delante de la proa de la nave, y ocuparon su tiempo, la mujer en confeccionar sobretodos y botas, con otros vestidos de piel, y los hombres reparando los arpones y aparejos para su yerno.

El 18 de Febrero reapareció el sol. «Nos encontramos, dice Hayes, en la atmósfera habitual de los días pasados. El compañero de las pasadas alegrías alumbraba nuestros corazones con nueva llama. Después de una ausencia de ciento veintiséis días, vino á volver la vida á un mundo dormido. Contemplé con emoción, y no me asombré menos que los hombres que doblan la rodilla para adorarle, y le invocan como al ojo de Dios...»

Perdió Hayes á fines del mismo mes toda esperanza de encontrar á los esquimales de la comarca, cuando se le anunció la llegada de tres indígenas; Kalutunah, Tattarat y Aliyouk, tres amigos antiguos hechos durante su viaje con el Dr. Kane. El primero había llegado á jefe de la tribu: en cuanto á los otros dos, personificaban la «bohemia esquimal»: hábiles, ardorosos y emprendedores hasta lo posible, eran también astutos como el mismo Asmodeo.

Kalutumah se comprometió en procurar á Hayes algunas bestias de tiro, y como prueba de sinceridad ofreció dos de los cuatro perros que había traído. Por su lado Tattarat y Aliyouk le dieron cada cual el suyo. Salieron en seguida, prometiéndole de entre ellos recoger algunos otros. Volvieron en efecto, pocos días después, en compañía de su familia; pero Kalotumah sólo había podido procurarse un tiro.

Termináronse entonces las provisiones, y se decidió que irían á instalarse en Etah, población situada á alguna distancia al Norte de puerto Foulke, y que se ocuparían en la caza. La pequeña colonia se componía al presente de diecisiete esquimales, seis hombres, cuatro mujeres y siete niños, todos de diferentes caracteres y diversas aplicaciones. Estaban los viajeros completamente indemnizados del fastidio que les causase á algunos de ellos, en cambio del beneficio que les hacían Kablunet, la suegra de Hans y la mujer de Kalotumah.

(Se continuará).

EN LOS ALREDEDORES DE FU-TCHEU (CHINA)

POR EL R. P. COTHONAY, DE LOS HERMANOS PREDICADORES
MISIONERO DEL FO-KIEN

(Continuación.)

El grabado de la pág. 44 reproduce los monumentos levantados después del combate naval de Pagoda, en honor de las víctimas del almirante Curbet. En grandes tablillas doradas se leen los nombres de los soldados y oficiales chinos muertos en el combate.

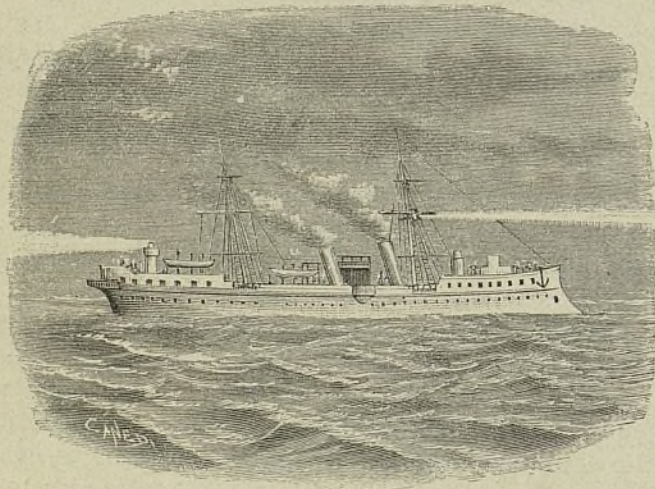
El demonio manifiesta su poder cuando Dios se lo permite por especiales razones, sea sirviéndose de él como instrumento de su justicia, sea para dar saludables avisos á los que son testigos de la satánica intervención.

Véase el siguiente ejemplo. Me contaron las Hermanas Dominicas de Fu-tcheu que, hace pocos años,

una mujer pagana, de edad aproximadamente de veinticinco años, las visitó y fué admitida como nodriza de una de las muchas criaturitas que ellas recogen. Por pretendido favor recibido del que llamaba su genio protector aquella mujer había hecho voto de abstenerse de comer carne durante un año. Sucedió que fué invitada á una fiesta de familia, y se dejó vencer por la tentación de probar lo que para ella eran manjares prohibidos. Al anochecer, explicó la mujer al siguiente día, vió de súbito surgir de la sombra y avanzar contra ella un monstruo que la reprochó por haber quebrantado su voto:

—Te castigaré, le dijo, es preciso que te mate. Arroja la criatura que llevas, pues tiene un signo que me impide acercárteme.

La desgraciada al oír estas palabras quedó helada de espanto, y en vez de arrojar á la criaturita cristiana la estrechó con fuerza contra su pecho. Temblando de miedo y llorando llegó á su casa. El demonio la había precedido, y durante toda la noche el esposo de la infeliz mujer y otros miembros de la familia oyeron es-



EL CRUCERO KIEN WEI

tantos rugidos, gritos y amenazas que les llenaron de terror. La mujer pasó una noche horrible, pero ni un momento se separó de la niña que criaba.

El siguiente día era el de pagar á las nodrizas. Ella como todas acudió al establecimiento de la Santa Infancia. Las Hermanas vieron en su rostro y especialmente en su mirada intensa expresión de terror, y á fuerza de preguntas la resolvieron á que en presencia de las, aproximadamente cien, mujeres reunidas explicara cuanto antece. Las Hermanas querían que comiera algo, pero ella, temiendo faltar segunda vez á su voto, no aceptó otra cosa que una taza de agua de arroz. Las Religiosas le dijeron que dado el estado de excitación en que se hallaba no podía seguir criando á la niña.

—Si me tomáis la niña, las dijo, el diablo me matará.

Las demás mujeres unieron sus súplicas á las de aquella desventurada hasta tal punto que las Hermanas creyeron deber ceder. Quisieron obligarla á aceptar una medalla bendita de la Virgen, pero la infeliz la rehusó obstinadamente, diciendo que le bastaba con la protección de la niña.

Durante muchos días no se separó de ella ni un momento; pero como hubieran cesado los rugidos y ame-

nazas del diablo, creyó poder dejar la niña para disponer la comida para su familia. ¿Qué sucedió entonces? Nadie lo sabe: lo cierto es que al regresar el esposo encontró á la mujer muerta en el centro de la sala y horriblemente desfigurada. Una vecina trajo llorando la niña á las Hermanas. La pobre criaturilla fué confiada á los cuidados de otra nodriza, pero murió breve tiempo después.

El Ilmo. Massot, vicario apostólico de Fu-tcheu, fué una vez llamado á asistir una enferma que encontró aletargada, como muerta. La roció con agua bendita, y de súbito la enferma se levantó lanzando gritos salvajes y saliéndole de la boca negra espuma. Cuatro hombres podían á duras penas aguantarla. Burlándose de sus esfuerzos ella les volvió la espalda, y púsose en el lecho formando como un arco; la cabeza tocaba á las puntas de los piés, y cabeza y piés eran las únicas partes del cuerpo que tocaban al lecho. El Ilmo. Massot hízole sobre los ojos una cruz con los Santos Oleos, y ella quedóse otra vez en posición normal, tranquila, y preguntó qué había pasado. No recordaba nada.

ENTIERRO DE UN CHINO

Ha muerto uno de mis vecinos, y la reseña de sus funerales quizás interese á los lectores de las *Misiones Católicas*.

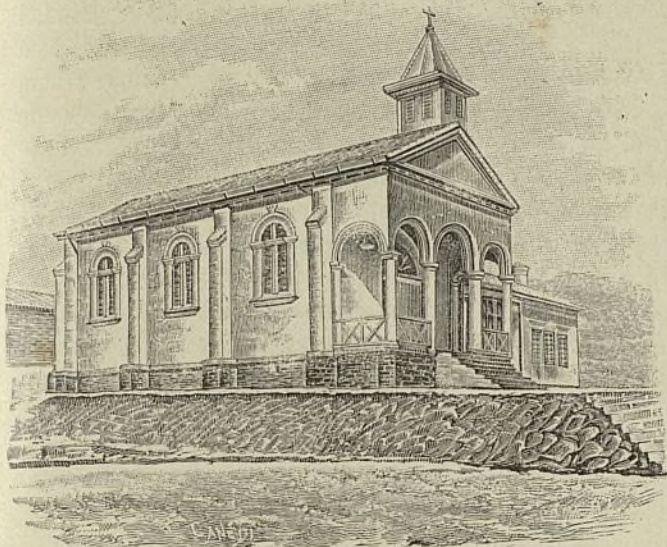
Vinieron primero tres hombres encargados de cavar la fosa, acompañados de otro práctico en determinar el lugar donde debía descansar el cuerpo y la orientación exacta. Estaba provisto de un libro, de varios manuscritos y de una brújula. Con aspecto grave y meditabundo pasó largo rato midiendo la tierra, hasta que al fin determinó el lugar y las dimensiones; los foseros empezaron á cavar al Este del campo.

Poco después llegó el cadáver, encerrado en sólido féretro pintado de negro y llevado en hombros por cuatro hombres vestidos de luto. Seguían seis mujeres igualmente enlutadas (lo que en China equivale á decir vestidas de blanco y cubiertas de piés á cabeza con blanco velo); eran las lloronas: rodeaban á la viuda del difunto, la que vestía un traje especial y llevaba de la mano á su hijo único. Cerraban el cortejo tres ó cuatro hombres que cubrían su cabeza con una especie de gorras ó bonetes de papel blanco, los que les daban un aspecto semejante al de nuestros cocineros. Unos esparcían papelillos, que al parecer representaban dinero que el alma del muerto recoge para servirse de él en el otro mundo: los restantes llevaban cestos y demás llenos de arroz cocido y otros comestibles. Solo, después de todos, venía un joven que me llamó vivamente la atención. Una corona de pajas de arroz le rodeaba la cabeza. Quizás era un hijo del difunto: al parecer él presidía el entierro: echó unos papelillos dentro la fosa, y luego puñados de arroz y paletadas de tierra sobre el féretro. Cuando toda la ceremonia hubo concluido, depositó cabe la hoya su corona de paja, y en el centro de ella plantó una candela roja.

Llegaron los sepultureros gritando, discutiendo y riendo en el mayor desorden. Dejaron en el suelo un paquete que llevaban bajo el brazo, se sentaron cabe los

cestos llenos de los apetitosos manjares, que yo creía destinados á las almas, y armados de los palillos, que son los tenedores chinos, no tardaron en hacerlos desaparecer; luego encendieron la pipa.

A una señal del hombre de la diadema las seis mujeres blancas cubriéronse el rostro con los velos y se echaron á llorar. Los lamentos duraron un cuarto de hora. A los gritos de dolor unían frases encomiásticas para el difunto. A otra señal esta escena de dolor cesó tan de improviso como empezara. Las lloronas se qui-



FO-KIEN.—CAPILLA DEL ARSENAL DE FU-TCHEU

taron sus vestidos de tela blanca y sus velos también blancos, y quedaron con los trajes vulgares de las mujeres chinas. Alegre el rostro y bromeando cogieron flores y adornaron su cabeza, hicieron un lío de los vestidos blancos y partieron riendo á carcajada suelta cual si salieran del baile ó celebrasen gran fiesta.

El trabajo difícil del hombre práctico empezó en el preciso instante en que el cuerpo fué depositado en la hoya. Hasta entonces había pasado el tiempo mirando al cielo y á los cuatro puntos cardinales, ó leyendo atentamente el libro ó consultando el pequeño instrumento semejante á una brújula. Tendió un hilo rojo á lo largo de la hoya y de manera que quedase á mitad del féretro. Cuando el cuerpo estuvo ya en la fosa preparó su instrumento sobre los piés del muerto, de manera que quedase perpendicularmente; luego mandó á dos de sus ayudantes que extendieran un hilo blanco debajo del rojo, y consultando su aparato mandó colocar la cabeza del muerto en dirección Oeste, luego los piés en dirección Este, y después más al Oeste y otra vez al Este, y así sucesivamente. Esta operación duró unos veinte minutos. Al fin dió la señal de que podían llenar la fosa.

Las explicaciones que me dieron son las siguientes. El hombre que acababan de enterrar había nacido durante un signo del zodiaco cuidadosamente anotado en los papeles de la familia. Cuando su matrimonio y en otras fechas memorables de su existencia, aquel signo debía ser y había sido consultado, porque ejercía una influencia que debía tenerse muy en cuenta. Entonces que el difunto empezaba á dormir el sueño postrero,

era de capital importancia para su descanso y para el de la familia que el cadáver fuese colocado siguiendo exactamente la dirección del signo del zodiaco que le vió nacer. De ahí las operaciones del adivino.

Llena la fosa, la rodeó de veinte platos de arroz y otros comestibles, y en el centro puso candelas rojas, que encendió al rededor de una imagen de un dios chino. Quemó muchos papeles plateados y dorados que, dicese, en la región de los espíritus se convierten en moneda de la que usa el alma del muerto, sea para pagar su pasaje ó para establecerse en aquella su nueva patria.

Esperaron unos minutos hablando y golpeando el *tam tam*, hasta que viendo que el alma del difunto no quiere comer los platos que le habían preparado, ellos se los distribuyeron y comieron. A continuación agotaron el contenido de dos grandes vasijas llenas de té, y después se retiraron alegremente.

En el número de *Las Misiones Católicas* correspondiente al mes de Abril del año 1901, dimos cuenta de la llegada al Perú y de haberse encargado de las nuevas Misiones de San León de las Amazonas los reverendos Padres Agustinos. Con motivo de la partida de Lima para el territorio de la Misión, celebróse solemne fiesta religiosa en la cual uno de los Padres Agustinos pronunció el siguiente elocuente sermón, que no dudamos será leído con gusto por los subscriptores de *Las Misiones Católicas*.

SERMÓN

SOBRE LAS MISIONES, CON OCASIÓN DE LA DESPEDIDA DE LOS CINCO PRIMEROS MISIONEROS DE IQUITOS (PERÚ), M. RDOS. PP. AGUSTINOS FR. PAULINO DÍAZ, PREFECTO, FR. PEDRO PRAT, FR. BERNARDO CALLE, FR. PLÁCIDO MALLO Y H. LEGO FR. GONZALO FERNÁNDEZ. PREDICADO EL 6 DE ENERO DE 1901 EN LA IGLESIA DE LA RECOLETA DE LIMA.

Quam pretiosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!
¡Qué hermosos los piés de los que anuncian el Evangelio de paz, de los que anuncian el bien!

(Ad Romanos, x, 15).

EXCELENTÍSIMO SEÑOR DELEGADO APOSTÓLICO.
ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO.
QUERIDOS MISIONEROS.
VENERABLE CLERO.
SEÑORES.

Como Dios es el sumo bien, así el mayor de los males en la presente vida es el desconocimiento de Dios. La privación de la luz divina en el hombre llámase infidelidad que, en sentir de mi Padre San Agustín, es la noche del alma, esto es, el conjunto de todas las miserias y padecimientos á que puede estar sujeta en el mundo la humana criatura. La infidelidad es, por lo tanto, empleando una palabra que lo diga todo, el infierno sobre la tierra.

Que antes de la venida del divino Redentor al mundo fuese éste casi en absoluto infiel y pagano, se explica fácilmente si se observa que en el plan divino estaba perfectamente calculada y prevista la degradación y

enfermedad extrema del humano linaje, para que al recibir el más extraordinario y eficaz de los remedios, entendiéndose el hombre, de un lado su miseria, y de otro la grandeza incomprensible de la divina misericordia; pero que ahora, en los tiempos de la luz, del amor y de la gracia, cuando por espacio de veinte siglos se están derramando sin cesar del Sol eterno de justicia y santidad raudales de gozo, alegría, paz y consuelo; que ahora en la plenitud de los resplandores celestiales haya todavía infieles... y tantos... y tan cerca de las Fuentes del Bien, es lo que más justamente pudiera sorprendernos si no conociésemos las trazas y fines de la divina Providencia, al permitir que tantos millares de hombres sean ciegos esclavos del demonio.

Hondamente preocupado por esta gravísima cuestión mi glorioso Patriarca San Agustín, nos dejó como fruto de su estudio profundo y detenido, las más claras y hermosas enseñanzas. En uno de sus libros dice que Dios tuvo por más conveniente sacar de los males el bien, antes que impedir toda clase de males. *Melius enim judicavit de malis benefacere, quam mala nulla esse permittere.* Y en su tratado sobre los Salmos, insistiendo en la misma idea, enseña con más claridad que no están de balde los malos en el mundo, y que no se ha de creer que Dios no reporte de ellos grandes bienes; «pues todo malo vive ó para ser corregido, ó para que por su medio se ejercite el hombre bueno:» *Omnis malus aut ideo vivit ut corrigatur, aut ideo vivit ut per illum bonus exerceatur.*

No hay duda de que en estos dos grandísimos bienes, la corrección de los malos y el ejercicio y perfección de los buenos, incluyó el esclarecido Doctor los demás bienes, de que sin pensarlo son autores los malos y más señaladamente los infieles. Porque siquiera no sean más que causa ocasional, es muy cierto que á ellos se debe la vida, pasión y muerte de nuestro adorable Salvador; la institución, firmeza y hermosura de la Iglesia católica; los actos de constante y singular heroísmo de los misioneros católicos, y el descrédito y reprobación de la estéril filantropía mundana.

¿Deseáis, señores, ahora una prueba irrecusable de esta verdad? Abrid los ojos y ved lo que pasa en estos momentos. La presente solemnidad no carece de significación, que la tiene y muy grande, promovida con tanta oportunidad como alteza de fines por el dignísimo representante del poder más santo y augusto del mundo; su objeto es de todo punto nobilísimo y bueno, magnífico y grandioso á todas luces.

Volved los ojos al Oriente, y ved que en vuestra propia casa gimen, ahogándose en tinieblas, muchedumbres de infelices que pueden ser hijos de Dios y hoy no son ¡oh dolor! más que viles juguetes del demonio. ¡Pobrecitos! ¡Cuán grande es su desventura! Pero ved asimismo la grandeza y hermosura de ese afecto de amor, compasión y ternura que rebosa en esa porción escogida de vuestra sociedad, en esas nobilísimas é infatigables propagadoras de la fe en el Perú, las cuales no han cejado un punto hasta conseguir que ilumine vuestro Oriente un Sol infinitamente más radiante que el astro del día, el Sol esplendoroso de la fe bendita. Ved, pues, cumplido uno de los fines providenciales, intentado por Dios al permitir entre vosotros la exis-

tencia de tantos infieles: la práctica excelentísima de la caridad ejercitada por tantos buenos corazones. Si, pues, la infidelidad es, como lo dije con mi Padre San Agustín, la noche del alma, vosotras sois, obreras celosísimas del bien, la bellísima aurora del día feliz que hará muy pronto dichosos á tantos pueblos dormidos en la región de la muerte. ¡Divino amanecer será en verdad y muy hermoso día el que se imagina el alma y presiente el corazón, al ver ya con nuestros ojos á esos cinco heraldos de la paz divina, mensajeros de mil glorias ávidos de arrancar al infierno las innumerables víctimas que tanto se ha gozado! Por esto, y si bien lo pensáis, ellos solos realizan todo el plan de la Bondad divina, y por tal motivo también cabe decir de ellos en un trasporte de gozo, admiración y entusiasmo: ¡Cuán hermosos los pasos de los que anuncian el Evangelio de paz, de los que anuncian los bienes! Empapada mi alma en el espíritu que dictó estas divinas palabras á Isaías, Nahum y San Pablo, quiero descubrirlos en estos momentos el rico tesoro que el Señor ofrece al Perú, y la razón de mis venturosas predicciones. Me propongo en una palabra mostraos el brillante porvenir de vuestras regiones orientales, merced á la abnegación y constantes sacrificios de esos ardorosos misioneros.

Elevemos una súplica al Dios de las misericordias, interesándole con el valimiento de nuestra piísima Madre la Virgen. *Ave María...*

(Se continuará.)

VARIEDADES

ÚLTIMA DÁDIVA

Distante del río apenas un tiro de bala, veíase el huerto de José Cosme; hermoso huerto, aunque de reducidas dimensiones, todo cubierto de frutales y hortalizas, cerrado de viejas paredes musgosas, ahogadas en maleza, y comunicando con el camino por un postiguiello mal seguro. Aquello era todo cuanto le quedaba al pobre hombre de sus antiguas haciendas: el huerto; á un lado la noria, y junto á la noria, sobre el toldo espeso y brillante de la vieja magnolia gigantesca, la mísera casita, con solo una puerta y dos ventanitas laterales, pero muy pintoresca, con su revestimiento de hiedra que colgaba del tejado, entrelazada con las enredaderas.

Así es que en la primavera, cuando las parásitas abrían serenamente sus delicados cálices sobre aquel fondo de verdura reluciente, y la magnolia toda se adornaba de flores, haciendo dosel á la vivienda, el reducido trozo de huerto con su noria y con su agua brillante y límpida, tomaba el aspecto ingenuo de un delicadísimo cuadro de paisaje, deliciosa acuarela, alegre é idílica, llena de encantos en la rústica poesía de su sencillez.

Durante el verano, en las horas de calor, cuando el sol caía de plano sobre el extenso panorama adormecido y turbio, y los árboles del camino no daban sombra que consolase, aquella tranquilidad con que José Cosme

roncaba bajo el cobertizo, los brazos y el pecho desnudos, el sombrero de paja basta resguardándole el rostro, daba envidia á los que pasaban por allí, cansados y llenos de polvo, flagelados por el estiaje inclemente.

—¡Tío José! gritábanle desde el camino. ¡Tío José! ¡Buena vida nos damos!

Pero los que entendían de agricultura, propietarios y caseros, esos dejaban dormir á José Cosme, y quedábanse admirando el huerto.

¡La verdad ante todo!... ¡Hermoso huerto, sí, señores! Por aquellos contornos no había otro que se le pudiera comparar, tan esmerado era su cultivo, tan esmerado y tan completo; porque, además, ni un palmo de tierra quedaba sin trabajar. En los bancales, dispuestos con agradable simetría, verdeaban llenas de pompa, frescas y con gran medro, legumbres de todas clases, desde la lechuga tiernísima, de hojas verde claro, agazapada en el cauce húmedo de las regueras, hasta las habichuelas trepadoras, que enroscadas subían por el vasto rodrigón de castaño colocado con toda pulcritud, formando macizos de verdura sombría, que las cápsulas del fruto horadaban por todas partes.

Arboles, apenas los precisos para hermosear el huerto sin perjudicar con la sombra la libre vegetación de las hortalizas; pero todos los que había eran abundantes en frutos en las estaciones correspondientes: cerezas, peras, manzanas, hasta melocotones.

Pocas flores, cosa que todos notaban con extrañeza. Pero desde que se le murieron la mujer y la hija, José Cosme había dejado de cultivar las flores, y en los bancales que antes ocupaban sembró repollos, que por cierto salían desmedrados. Cuidó tan sólo de que no pudiesen los alelís. Una vez por año, á fines de Mayo, los cogía todos de una vez y los llevaba juntos á la humilde sepultura de sus muertos.

Precisamente aquella tarde había ido al cementerio para cumplir su fúnebre visita. Cuando se retiró era ya de noche. Apenas acabó de cenar, levantóse bruscamente de la mesa y fuese hacia el huerto con grandes deseos de llorar. Hallábase en sus horas tristes, en esas horas en que las energías todas de su alma, y hasta las de su cuerpo, doblábanse bajo el látigo de un violento dolor, exacerbado ahora por la nostalgia de los que se le habían muerto... Y para mayor desgracia, había perdido el consuelo de las lágrimas. De modo que, sin ese lenitivo, aquellas terribles tempestades costaban de soportar el doble. Abstraído en una especie de entorpecimiento idiota, recorría sin descanso todas las calles del huerto, cabizbajo, agobiado como un autómatas. Si de vez en cuando se paraba recogiendo en una atenta quietud, al punto un brusco gesto descomponía su inmovilidad de estatua, y soltando un hondo gemido, tornaba de nuevo á andar.

—¿Vienes ó no vienes? preguntaba evocando con penoso esfuerzo la imagen de la mujer ó de la hija. No venía, y cuando se mostraba era como un relámpago que presto desvanecía.

En esta lucha con su dolor, iban pasando las interminables horas. Era ya tarde, tal vez la una de la madrugada. Por única luz la de las estrellas, pues la luna salía tarde. Pesaba sobre todo el paisaje el amplio si-

lencio de la noche, apenas cortado á lo lejos por la soñolienta melopea del río.

Un muchacho que iba por el camino, miró por casualidad hacia el huerto de José Cosme, y vió un bulto que se mostraba de improviso y desaparecía luego rápidamente en un ángulo, donde la sombra era más densa.

—¡Misterio tenemos!... murmuró para sí el rapaz.

Y junto á un árbol quedóse acurrucado esperando. No pensó que fuese José Cosme; aquello debía ser algún pícaro ratero que venía allí á hacer de las suyas. Agachóse para buscar una piedra. Cogió dos, por si con la primera no acertaba.

—¡Perro del diablo! exclamó por lo bajo el muchacho, colocándose en posición de lanzar la piedra. Aguárda, que te voy á arreglar...

Y ya iba á tirarla en dirección del sitio, cuando el bulto salió de la sombra y tomó por un sendero, derechamente hacia el punto donde estaba el rapaz.

—Mejor. Te pones más á tiro...

E inclinándose un poco sobre la pared, miró el bulto que avanzaba, tratando de conocerlo. Quien quiera que fuese, traía la chaqueta sobre los hombros y le blanqueaban las mangas de la camisa. En medio del sendero, precisamente enfrente de él, paró. Entonces fué cuando el muchacho se acordó de José Cosme. El bulto parecía, en efecto, ser el de éste; recordaba ahora haber oído que el pobre hombre, cuando le atormentaba la nostalgia de la mujer y de la hija, pasábase las noches en claro, recorriendo como un loco aquellos andenes por donde ellas iban en otro tiempo.

Cuando oyó sollozar acabó de convencerse. Instintivamente dejó caer las piedras y preguntó:

—¡Tío José! ¡Tío José! Soy yo, Luis... ¿Qué le pasa á usted?

El labrador no respondió; parecía que ni siquiera hubiese oído. El muchacho insistió:

—¿Le duele á V. algo, tío José?

—¡No me duele, no! ¿y sabes qué te digo? pues te ruego por las almas del purgatorio que me dejes. Bastante me atormentan mis aflicciones. Anda con Dios, anda.

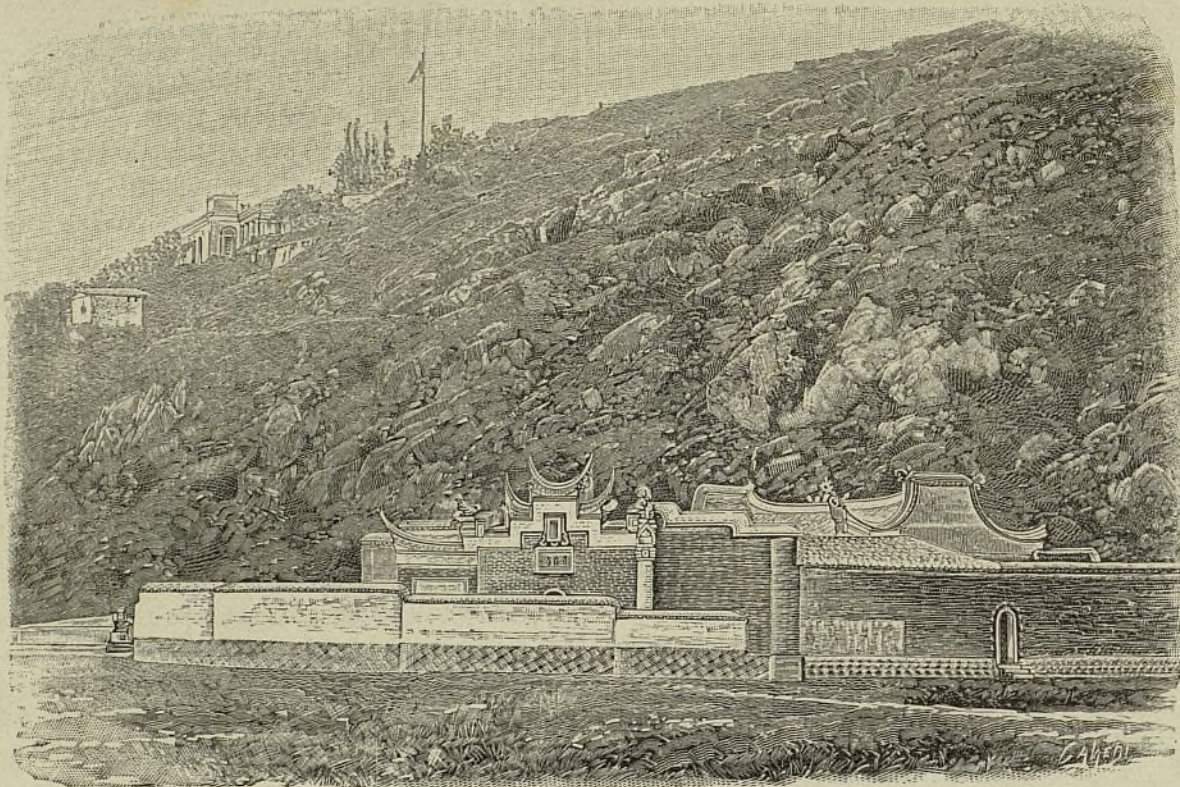
El muchacho quedó sorprendido, triste por el tono de súplica dolorosa que José Cosme diera á aquellas palabras; y retiróse silencioso, casi aterrado con la idea de que podía haber matado al pobre hombre, de haber acertado con la pedrada.

Entre tanto la noche iba avanzando, grave, triste, sin otro rumor que el de las aguas del río. Y José Cosme, sin salir de su preocupación, iba y venía por las calles del huerto, parecido á un autómatas ó á un sonámbulo. A veces acercábase á la puerta de la casa y poníase á escuchar. Como nada oía, tornaba nuevamente á su paseo. En esto, una de las veces que pasaba frente á la cancela, parecióle oír pasos:

—¡Tomás!

—¡Señor José! respondió el que entraba, con voz que era la propia del barquero.

Cosme sintió entonces un gran deseo de llorar; pero mordiendo los labios lo dominó. Como el barquero extrañase hallarlo levantado, él hizo notar que no se había acostado siquiera.



FO-KIEN (China).—VISTA DEL TERRENO CORRESPONDIENTE Á LA ANTIGUA CAPILLA DEL ARSENAL DE FU-TCHEU: PAGODA ERIGIDA EN MEMORIA DE LOS CHINOS MUERTOS EN EL COMBATE NAVAL DE PAGODA.—Reproducción de fotografía por el P. Cothonay. (Pág. 39)

—Como tenía que madrugar...

—Pues ya es hora de partir, Sr. José; son cerca de las dos. No tardará en amanecer.

Y al llegar á la puerta de la casa:

—Sería bueno despertar al chico, añadió, entre si se viste ó no se viste, llega la hora.

Irían á vela si no cambiaba el tiempo. Era, pues, conveniente apresurarse.

Pero á la idea de tener que despertar al chico, José Cosme dejóse caer sobre el banco que estaba debajo del cobertizo, y rompió á llorar copiosamente.

El barquero enternecido trató de animarlo.

—¿Y eso, Sr. José?... El llorar es cosa de mujeres. ¡Miren qué hombre! Y probaba á levantarlo, á ponerlo de pie. ¡Límpiese las lágrimas, que va V. á afligir al chico! No querrá V. que vaya llorando todo el camino.

Cosme hizo rudamente con la cabeza un movimiento negativo, y se enjugó los ojos con la manga de la camisa.

—Ahora, levántese. Y lo aseguró con fuerza por bajo de los brazos. ¡Así! Porque el chico se marche al Brasil, no crea V. que no ha de volverlo á ver más.

Pero eso era precisamente lo que él pensaba.

—No sé por qué, creo que no volveré á ver al chico, añadió llorando José Cosme.

—¡Qué tontería! Esas son aprensiones que asaltan á los hombres cuando están tristes. Lo verá V. tal que no ha de conocerlo; se lo digo yo. Año arriba ó abajo aparecerá por aquí rico...

¡Rico! Bastante le importaba á él que el chico volviese rico ó no. Lo que deseaba era que volviese, y que él todavía estuviera vivo, sólo para abrazarlo.

—Claro que sí, mas era preciso conformarse; había

que tener paciencia: José Cosme debía animarse para animar al chico, repetía el barquero.

—Sí... sí... tartamudeaba Cosme. ¡Vamos allá, con Dios! Así como así...

Y con un profundo ¡ay! dolorosísimo, fuese derecho á la puerta para llamar al pequeño. No cabía remedio, había nacido en mal hora, tenía que ser desgraciado hasta que lo enterrasen... Sobre la estrecha y humilde cama, el hijo dormía profundamente. ¡Qué pena tener que despertarlo! Viniéronle tentaciones de despedir á Tomás y dejar dormir al niño. ¡Quién sabe si su suerte futura, si su vida entera valdría tanto como la dulce tranquilidad de aquel sueño! No tenía valor para despertarlo y hacerlo vestir; era casi un pecado romper aquel último sueño dormido bajo el techo paterno... ¡El último sueño! ¡el último sueño!

—Si esperáramos á que despertase..., atreviése á decir el triste.

Pero Tomás, que tenía prisa, recordó secamente que era hora de poner el barco en marcha.

José Cosme encendió entonces la vela, temeroso de que la luz despertase al niño, y acercándose á él, se puso á escucharle la respiración. ¡Dormía!... Mas blandamente le puso la mano sobre la cabeza y le llamó bajito, casi al oído, besándolo, sobresaltado como si fuese á cometer un gran crimen:

—Hijo, mira que es hora, hijo mío...

Cuando el pequeño se sentó en la cama, estremecido, dominado todavía por el atontamiento del sueño, cerrando los ojos ante el vivo resplandor de la luz, el padre se unió á él en un abrazo, y ambos rompieron á llorar.

—¡Adiós, padre!

—¡Adiós, hijo!

Enternecido Tomás, que se había quedado en la puerta, avanzó para desatar aquel abrazo.

—¡Mire V. que es tarde, Sr. José! Perdona, pero es tarde.

El padre vistió al pequeño, besándolo todavía muchas veces, y salieron. Debajo del cobertizo Joaquinito quedóse un momento mirando el techo.

—¿La golondrina, hijo? preguntó José Cosme. Deja, que yo velaré por ella y por los hijos cuando los tuviera. Descuida.

Pero el chico quiso verla, pidió al padre que lo levantara en alto, sólo un momento. Allí estaba, ¡pobrecilla! Sintióla estremecerse cuando la tocó con los dedos...

—¡Adiós! díjole el pequeño...

Bajó entonces los brazos el padre, y tomando al cuello al hijo echó á andar. Detrás de ellos el barquero llevaba al hombro el mísero baúl de pino, todo el equipaje de Joaquín.

Al traspasar la cancela, José Cosme detúvose un poco y preguntó sollozando:

—¿Cuándo volverás al huerto, hijo mío?

El pequeño no respondió. Lloraba sin cesar, viendo que lo separaban de todo lo que amaba en el mundo: la golondrina, después de la golondrina, el huerto, los árboles, la vieja noria, la cancela, todo, en fin.

Atravesaron luego el camino y tomaron hacia el río. Cuando lo oyeron murmurar, apretaron más el abrazo, diéronse un largo beso, húmedo con las lágrimas que ambos derramaban. ¡Ah, cómo deseaba el triste padre que el río estuviere todavía lejos, muy lejos, que huyese delante de ellos, de modo que nunca lo alcanzasen! Pero he aquí que comenzaba la arena; divisábase ya próximo el bulto oscuro del barco, en que los tripulantes hablaban en voz alta.

—¿Estamos listos? preguntó todavía de lejos Tomás.

Respondieron del barco que no había más que echar á andar, porque la luna iba á salir.

Al fin llegaron. En los momentos de silencio oíanse los sollozos de ambos, que parecían prolongarse infinitamente, con su expresión de angustia, sobre el correr monótono de las aguas... Aquello enternecía al barquero; también él era padre... Por eso apenas llegaron á la orilla del río, apresuróse á decir al pequeño:

—Ahora, Joaquinito, besa la mano á tu padre y dile adiós.

Sonó un llanto desgarrador, y la voz del pobre José Cosme, que trataba de animar al niño:

—Vamos, hijo mío... Dios te bendiga, mi amor... Nuestra Señora te acompañe.

E hizo le prometer que rezaría siempre á la Virgen y él también le rezaría, pues Ella era quien daba salud, quien hacía felices á los hombres.

—No te olvides de Ella, ni de las almitas de tu madre y de tu hermana...

Pero el chico lloraba cada vez más, agarrado al cuello de su padre, besándolo ansiosamente, acariciándolo, sin fuerzas para decir palabra. Y con esto, José Cosme, perdida la esperanza de animar al hijo, tan sólo exclamaba desvariado:

—¡Válgame Dios! ¡El Señor me valga con su infinita misericordia!

Y Joaquín, siempre cogido á él, besábalo en la cara, en la cabeza, en las manos; hasta que intervino Tomás, advirtiéndole que era preciso salir de allí de una vez.

—Reflexione, Sr. José, ello tiene que ser...

Y asegurando fuertemente al pequeño, lo atrajo hacia sí. Cuando ya lo tuvo en los brazos, oyóse á José Cosme que suplicaba con las manos cruzadas:

—Sólo un instante, un instantito de nada, Tomás.

Y el pobre padre cayó de hinojos en la arena, en actitud de súplica.

Pero en aquel momento, el barquero entró de un salto en la barca, llevando el chico en brazos.

—¡Rema! ordenó con voz rápida.

La lancha reculó entonces súbitamente, á la vez que los remos hacían ¡chas! sobre el agua.

Entonces los lloros de José Cosme hiciéronse de una violencia desesperada, al oír la voz lacrimosa del pequeño, que le decía adiós desde la barca.

—¡Adiós, Joaquín, adiós!

—¡Adiós, padre!

—¡Adiós!

Pero de repente con voz firme y resuelta, José Cosme gritó en la dirección del barco:

—¡Tomás, Tomás! Por el alma de tu padre, detente un momento.

¡Se acabó! Hubo de costarle esfuerzo tomar aquella resolución, pero ya era mejor quedar solo del todo. Y asegurando entre los dientes un objeto, tiró sobre la arena la chaqueta, y de un salto echóse al agua. Tomás que oyera el chapuzón del cuerpo, hizo retroceder la barca; pero José Cosme, veterano é intrépido nadador, con media docena de braceos alcanzó pronto la quilla. El hijo habíase inclinado sobre la borda, con el ansia de esperar al padre, de verlo todavía una vez. Con un movimiento rápido, José Cosme entregó al pequeño lo que llevaba entre dientes, diciéndole anegado en llanto:

—Es la medalla, Joaquín, ¡es la medalla de tu madre, hijo mío!... Rézale, ¿eh?

Y llorando cada vez más, el pobre José Cosme pidió al barquero que le acercase el pequeño para darle el beso último... Dado el último beso, la barca se puso en marcha nuevamente. Acababa de salir la luna, enorme, torva, de color de fuego, como si saliese de un baño de sangre en misteriosa región de lágrimas... Y en el silencio agorero de la noche, apenas roto por el monótono batir de los remos y por el bracear desalentado del triste nadador, á la voz del hijo que llamaba respondía cada vez de más lejos ¡lejos como si fuera del infinito! la voz lacrimosa del padre, con su fúnebre adiós, que bien sabía él que había de ser eterno...

Sólo cuando el eco del último adiós de Joaquín, perdido en la distancia, diluido en la luz que surgía, deshecho en el lastimero murmullo de las aguas, fundido en el postrer suspiro del aura matinal, dejó de llegar á la playa, abandonó el pobre el arenal y marchó, siempre llorando, tiritando del frío de su desgracia como de un agudísimo viento del Polo, en dirección del silencioso huerto.

• TRINDADE COELHO.

(C. Elzevir).

Enrique Sienkiewicz

AUTOR DEL QUO VADIS?



¡SIGÁMOSLE!

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica



II

EN ALEJANDRÍA

CINNA acabó por arruinarse. Su patrimonio cayó en manos de acreedores: no le quedó otra cosa que un cansancio igual al del trabajo penoso, la saciedad, algo hasta entonces no sentido: una inquietud profunda, infundada.

Había gozado de la riqueza, del amor, tal como entonces lo entendía el mundo, de los encantos del lujo y de la gloria militar... saboreado superficialmente todos los conocimientos humanos, y gustado el arte y la poesía... Se comprende, pues, que creyera haber sacado de la vida el mayor partido posible.

Y sin embargo, sentía que había olvidado algo muy esencial: ¿qué era ese algo? La ignoraba. Y en vano se fatigaba buscando adivinarlo.

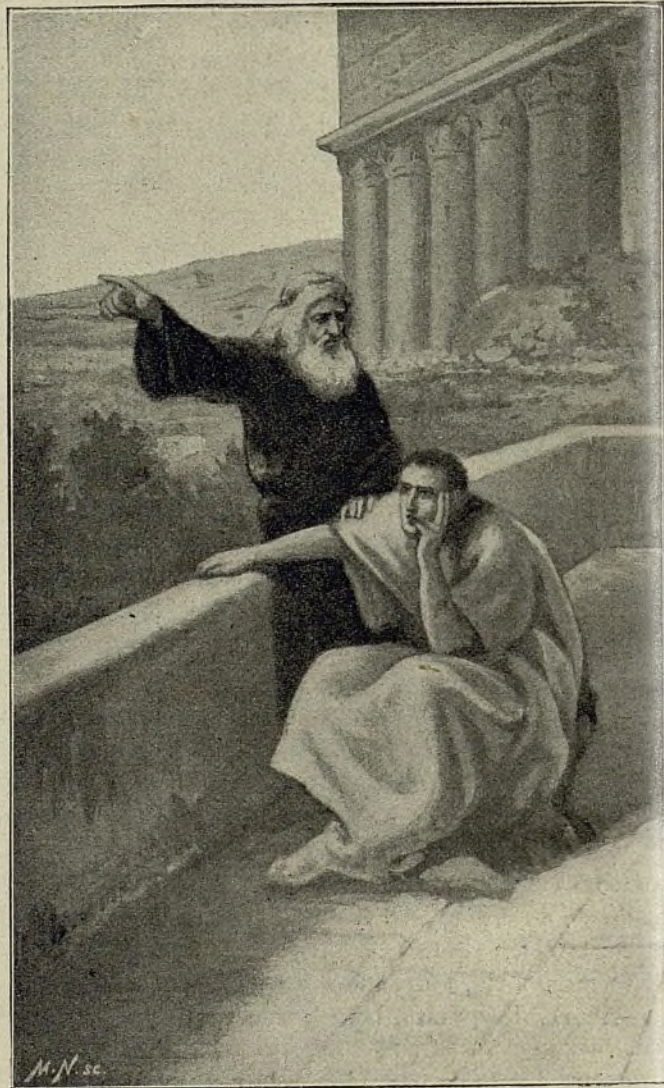
A veces procuraba alejar estos pensamientos y vencer esta inquietud; quería convencerse de que en la vida no había ni podía haber nada más... Y su inquietud, lejos de disminuir aumentaba de tal manera, que dijérase sufría no sólo para él sino para todo el mundo.

Y acababa por envidiar á los escépticos y á la vez tenerlos por un hato de insensatos, porque afirman que la nada puede llenar la vida.

Dijérase que en Cinna vivían dos hombres: uno que se admiraba de su propia inquietud, y otro que la consideraba como absolutamente justificada.

Cinna después de su ruina y gracias á valiosas influencias, fué nombrado gobernador de Alejandría, favor otorgado con el fin de que reconstituyera su fortuna.

Embarcóse, y en el navío le acompañó la inquietud y le siguió á través de los mares.



Los pájaros saben donde deben volar para ser felices,
mientras que las almas...

Crejó que sus nuevas funciones, el mundo nuevo que ante sus ojos se abría, las sensaciones nuevas que le esperaban, le librarían de tan importuna compañera.

Y se engañaba. Pasó un mes y pasó otro, y, al igual que el grano exportado de Italia crece más frondoso en las fértiles llanuras del Delta, la inquietud, cual arbusto convertido en inmenso cedro, proyectaba sombra creciente en el alma de Cinna.

Primero intentó ahuyentarla viviendo como en Roma había vivido.

Alejandro, ciudad opulenta, emporio de la ciencia y de las artes, patria de las mujeres de cabellos de oro y de diáfana epidermis, enriquecida por el sol de Egipto con sutil capa del más puro ámbar, le brindaba mil encantos. Y Cinna buscó entre locos devaneos el olvido y la calma. Mas en vano.

Entonces soñó en el suicidio. Recordaba que muchos de sus amigos emplearon este medio para librarse de enojosos cuidados, guiados por razones más fútiles que las suyas: unos por hastío ó por enojo, otros porque para ellos la vida ya no tenía atractivos: una espada en manos de un esclavo y todo habría concluido.

Esta idea enseñoreóse de Cinna, y se disponía á ponerla en práctica cuando extraño sueño le disuadió de su intento.

Soñó que pasaba el Leteo,—el río del olvido,—y que en la opuesta orilla sentada esperándole veía la inquietud que le torturaba, en figura de esclavo hambriento, y que le saludaba diciendo:

—Señor, pasé delante para salirte al encuentro.

Por vez primera Cinna tuvo miedo: no podía sin aprensión soñar en la otra vida, en la vida de ultratumba... Debía esperarla, y esperar que hasta allá le seguiría la inquietud.

En su desespero resolvió consultar á los sabios del Serapéum, confiando encontrar entre ellos la solución del enigma.

Estos filósofos no supieron dársela. En cambio dieron á Cinna el título de «τοῦ μωροῦ» —título honorífico con que solían honrar á los romanos de noble cuna y á los grandes personajes.

¡Pobre consuelo, llamarle sabio al hombre que no acertaba con la solución del problema que más angustiaba su existencia!

La ironía le pareció cruel. Sin embargo, Cinna esperó, creyendo que el Serapéum no descubre de una vez el velo que protege su saber.

Entre los sabios de Alejandro descollaba el noble Timón. Rico ateniense y ciudadano romano llegó, hacía veinte años, á Alejandro guiado por el deseo de estudiar la misteriosa esencia de los egipcios. Decíase que había leído cuantos pergaminos y *papyrus*



Porque veía, en sueños inspirados, hechos futuros algo invisibles á los ojos de los demás mortales

guardaba la Biblioteca, y que poseía á fondo toda la ciencia humana. Era de carácter dulce é indulgente.

Cinna no tardó á distinguirlo entre la multitud de pedantes y comentadores de escaso talento; gustó de ser su discípulo, y las relaciones entre maestro y discípulo pronto trocáronse en sincera amistad.

El joven romano admiraba á Timón por su ingeniosa dialéctica, por su elocuencia y especialmente por la elevación de sus conceptos cuando hablaba de los destinos del hombre y del fin del universo. Lo que le causaba impresión más intensa era que el maestro unía á aquella grandiosidad del genio una cierta tristeza, una velada melancolía.

Cuando andando el tiempo aumentó la amistad, deseaba Cinna preguntar al viejo filósofo la causa de esta melancolía, y anhelaba también poder abrirle el corazón.

La oportunidad no tardó en presentarse.

OBRAS NUEVAS
BARTEK

EL VICTORIOSO

NOVELA ORIGINAL DEL CÉLEBRE ESCRITOR POLACO
AUTOR DEL «QUO VADIS...?»
ENRIQUE SIENKIEWICZ, TRADUCIDA POR M. C. Y G.

«*Bartek el Victorioso*, escribe el distinguido crítico Halperine-Kaminsky, es á mi entender superior á la mayor parte de los grandes escritos de Sienkiewicz, algunos de los cuales son quizás más conocidos y encomiados.»

La adornan 18 preciosas láminas impresas en papel mate y dibujadas exprofeso por los Sres. R. Opisso, J. Coll Saliati, A. Femenia y E. Taltavull.—Véndese al precio de 2'50 ptas. en rústica.

LAS NUEVAS INDULGENCIAS

concedidas á la V. O. T. Seglar de nuestro Seráfico Padre San Francisco, y una breve reseña de lo que son las Indulgencias, y de los requisitos para ganarlas, con las reglas de la jurisprudencia vigente para distinguir las de las apócrifas; por el muy reverendo P. Fr. Jerónimo Aguillo López de Turiso, ministro provincial de la de Cataluña.—50 céntimos en rústica.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores: Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Única Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

MÁQUINAS PARA COSER

Y HACER CALCETA.—MARCA ESTRELLA

AL DETALLE, HOSPITAL, 110, BARCELONA

POR MAYOR, TALLERES EN BADALONA

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona

Estampas de San José.

Se han puesto en venta cuatro nuevas estampitas del glorioso Patriarca San José, propias para repartir en las funciones religiosas de su próximo mes de Marzo.

Estas estampitas vienen á aumentar la colección del tamaño 14 X 8 centímetros, y forma igual á las del Sagrado Corazón de Jesús, ó sea cuatro páginas papel mate superior y ornadas con filete dorado. Cada una contiene una imagen del Santo diferente á cual más artística y más devota y una oración también distinta en la tercera página de cada una de las mismas, las cuales son como siguen:

Oración á San José por la Iglesia.—Oración á San José por el Papa.—Oración á San José por la familia cristiana.—Oración á San José por los pobres, por los enfermos y por los moribundos.

Estas estampitas se venden al precio de 3 ptas. ciento, y 25 el millar.

En paquete certificado, 25 cént. más.

Se remiten muestras de todas las estampitas publicadas hasta la fecha á quien las solicite.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

OBRA NUEVA

AÑO SACRO

ó Consideraciones y Ejercicios para las principales Festividades de la Iglesia católica, por

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO., director de la «Revista Popular»

Obra muy útil á los señores Sacerdotes é indispensable á las familias católicas.

Agotadas en breve plazo dos numerosas ediciones del **Año Sacro**, del Sr. Sardá, lo anunciamos hoy como **OBRA NUEVA**, porque lo es en realidad, tanto en su parte artística como en su contenido.

La obra consta de dos tomos de 550 á 600 páginas cada uno, adornados con más de 150 grabados y 14 láminas sueltas, y se vende al precio de 8 ptas. en rústica, la obra completa. Lujosamente encuadernada en tela y plancha impresa á tres colores y grabada exprofeso, 12 ptas. Por cada 10 ejemplares se dan 2 gratis en rústica ó 1 encuadernado.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona, y en caso de los señores Corresponsales de la misma.

OBRA NUEVA.

DE LAS TENTACIONES EN COMUN Y DE LOS PECADOS,

por el M. R. P. Fr. José Coll, exdefinidor general franciscano. Obra utilísima para apartar al alma del pecado y ayudarla á resistir y á vencer las tentaciones.—1'25 ptas. en tela. Hállase en esta Administración.

MEDALLAS RELIGIOSAS

TALLERES VALLMITJANA, GRACIAMAT, 6, BARCELONA

GRABADORES DE MEDALLAS en todas formas y en toda clase de metales.—Constructores de toda clase de artículos para el CULTO RELIGIOSO.—Exportadores al extranjero y Ultramar.—Proveedores de las principales Ordenes religiosas y Santuarios.



MÁQUINAS PARA COSER Y HACER MEDIAS.



LOS MEJORES SISTEMAS CONOCIDOS

Vende á plazos.

DA TRABAJO TODO EL AÑO.

Cambia, compone y enseña gratis á domicilio.

SALVADOR TORRAS, calle de Sta. Ana, 2, pral. (esquina Rambla)

Se hacen y componen medias y calcetines. Colores sólidos.